

EL NEO-ENEOLÍTICO ALTOARAGONÉS

*V. Baldellou**

Puede decirse que de las distintas manifestaciones culturales que se encierran bajo la amplia denominación de Neo-eneolítico, sólo se conocía en el Altoaragón la representada por los monumentos megalíticos, a buen seguro a causa de su espectacularidad y de su ubicación, casi siempre junto a rutas de comunicación naturales, usadas desde tiempo inmemorial por los pastores de la región. Otras estaciones pertenecientes a este período resultaban totalmente desconocidas y se intentaba cubrir este vacío a base de materiales aislados, de cronología dudosa, o atribuyendo equivocadamente determinados yacimientos a una época o fase cultural a la que no pertenecían.

Actualmente, los últimos descubrimientos realizados en la provincia oscense han mejorado notablemente el menguado panorama anterior, por lo que se hacía necesario un nuevo replanteamiento de estas etapas prehistóricas considerando los datos aportados por los mismos. Ésta es la finalidad de este trabajo, que cuenta con el inconveniente básico de que debe apoyarse en una serie de elementos muy recientes, los cuales, en ocasiones, se encuentran todavía en curso de estudio. No obstante, creo que el interés de estos documentos inéditos queda fuera de toda duda, ya que muchos de ellos constituyen las primeras informaciones que poseemos sobre unas comunidades primitivas de cuyo establecimiento en el Altoaragón no se tenían noticias.

* Museo de Huesca.

I. EL NEOLÍTICO DE LA CERÁMICA IMPRESA

Hasta hace pocos años, el territorio altoaragonés se nos presentaba como un espacio en blanco respecto a la existencia de yacimientos que pudieran atribuirse claramente al Neolítico. Algunos escasos materiales que se habían clasificado como pertenecientes a dicha fase resultaron provenir de estaciones arqueológicas de cronología más reciente y se ha podido comprobar últimamente que su datación era a todas luces errónea.¹

Hoy por hoy, los yacimientos neolíticos oscenses son aún poco numerosos, pero su riqueza material los dota de una considerable importancia arqueológica. Por otro lado, todos ellos han sido descubiertos hace escaso tiempo y presentan un incuestionable carácter de novedad que viene a reforzar su interés científico.

A) Los documentos arqueológicos

Cueva de Chaves

Cavidad ubicada en las proximidades del pueblo de Bastarás, es muy conocida desde el punto de vista espeleológico por encontrarse próxima al Solencio de Bastarás, caverna frecuentemente visitada por estudiosos y curiosos al ocupar el segundo lugar nacional en cuanto a la longitud de su desarrollo. Sin embargo, a nivel arqueológico se hallaba prácticamente sin explotar, pese a algunos comentarios publicados en los que se hace alusión a sus posibilidades como hábitat prehistórico.² El estudio más extenso y la valoración más atinada de Chaves como yacimiento corresponde al G. I. E. (Grupo de Investigación Espeleológica) de Peña Guara,³ cuyos miembros han colaborado activa y estrechamente con el Museo de Huesca en múltiples tareas de prospección y en la misma excavación de la cueva que nos ocupa.⁴

¹ BALDELLOU, V., «El Neolítico en el Alto Aragón», *Volumen in Memoriam de Concepción Fernández-Chicarro*, Madrid (en prensa).

² Se cita la presencia de restos arqueológicos en: BRIET, L., (1909), «Les grottes de Bastarás», *Spelunca*, VII, n.º 55, marzo 1909; GALIAY, J. (1945), *Prehistoria de Aragón*, Zaragoza; RIVERA, L. y VIÑAS, R., Nota en *Espeleología*, 10, Barcelona, p. 66; ABAD, J. (1970), «Yacimiento prehistórico inédito en una cavidad del complejo Kárstico de la Sierra de Guara», *Mediterranea*, 6, Barcelona; MINVIELLE, P. (1976), *Los cañones de la Sierra de Guara*, Madrid.

³ G. I. E. (1973), «La Cueva de Chaves», *Boletín de contribución al catálogo espeleológico de la provincia de Huesca*, 3, Huesca, pp. 11-150.

⁴ BALDELLOU, V. (1976), «Excavaciones en la Cueva de Chaves (Bastarás, Huesca)», XIV Congreso Nacional de Arqueología, Vitoria, 1975, Zaragoza, pp. 245-248; (1976), «La Prehistoria», en *Alto Aragón, su historia, cultura y arte*, tomo 1, Madrid, p. 21; «El Neolítico...», *op. cit.*, nota 1.

Chaves se abre en un acantilado calizo situado sobre el barranco del Solencio, en plena Sierra de Guara. Presenta su boca orientada hacia Levante y unas condiciones de habitabilidad inmejorables, con un amplísimo vestíbulo de alto techo, excelentemente iluminado gracias a las enormes dimensiones de la entrada: 60 metros de anchura por 12 metros de altura máxima. La luz solar penetra hasta más allá de los primeros 50 m. de recorrido, descendiendo luego el techo progresivamente y prolongándose la cueva hacia el interior hasta alcanzar una longitud total de 225 metros. El yacimiento arqueológico se emplaza en los 110 metros iniciales, no habiendo aparecido por el momento restos que hagan pensar en una continuación de la zona fértil por las galerías más profundas de la gruta.

Los trabajos de excavación, efectuados en agosto de 1975, se llevaron a cabo en el gran vestíbulo anterior y consistieron en la realización de cuatro sondeos estratigráficos. La presencia sobre el depósito de grandes bloques desprendidos de la bóveda dificultó notablemente el estudio y determinó la reducida superficie de las catas en cuestión.

La potencia del relleno de Chaves no es uniforme y alcanza un grosor máximo de 150 centímetros. Teniendo en cuenta variabilidades de espesor y composición cuya exposición resultaría excesivamente prolija, el esquema estratigráfico de la Cueva de Chaves puede sintetizarse de la siguiente manera:

Estrato superficial: Piedras sueltas y restos fecales de oveja. Cerámica escasa, con decoraciones plásticas propias de la Edad del Bronce.

Nivel I. Subdivisible, según el sondeo, en dos o tres estratos de poca potencia. Piedras sueltas abundantes y tierras polvorientas de tono marrón grisáceo. Materiales idénticos a los del estrato superficial, pero más abundantes y menos fragmentados. Bronce Medio.

Nivel II. Tierras de color marrón oscuro, bastante compactas, con abundantes restos de carbón y cenizas. Cerámicas impresas y cardiales asociadas a industria ósea y útiles en sílex, entre los que destacan algunos microlitos geométricos. Neolítico Antiguo. En esta capa se señalaron dos estratos (N II a y N II b) diferenciados por la compacidad relativa de las tierras y por una inferior presencia de piedras en el N II b. Descansa sobre un piso rocoso intraspasable constituido por grandes moles pétreas, fruto de un primer desprendimiento cenital.

Según este cuadro, puede decirse que se identificaron dos niveles de ocupación fundamentales, el superior perteneciente a un Bronce Medio poco avanzado y el inferior —el que aquí interesa— a un Neolítico de cerámicas impresas, con unos rasgos definitorios muy claros que lo relacionan íntimamente con las facies ya conocidas de antiguo en las regiones vecinas bañadas por el Mediterráneo, es decir, Sur de Francia, Cataluña y País Valen-

ciano. Sin duda, resulta sumamente interesante la existencia de un yacimiento de esta índole en un punto tan alejado de la costa como es el Prepirineo oscense.

Analizando el conjunto de materiales arqueológicos aparecidos en Chaves, puede concluirse que su aspecto cultural es típico y que acusa una fuerte evocación marítima:

- La cerámica decorada mediante impresiones en crudo es rica y presenta una buena variedad de motivos ornamentales, siendo entre ellos especialmente frecuentes los conseguidos a través de conchas de *Cardium*.

- Por el contrario, la industria ósea no es muy abundante y nos ofrece una tipología bastante reducida, ya que está representada casi exclusivamente por punzones y, en inferior escala, por alguna espátula.

- Esta pobreza alcanza también a la industria lítica, escasa y en general toscamente retocada. Solamente se salen de la tónica los ya citados microlitos geométricos y algún que otro raspador con un acabado más cuidadoso.

- Los objetos de adorno abarcan dos fragmentos de anillos de hueso, caninos de cánido perforados y un grupo de elementos que reafirman los contactos de Chaves con las regiones litorales: algunas cuentas de *Dentalia*, dos conchas de *Cardium* y tres colgantes hechos sobre conchas perforadas de caracoles marinos *Columbella*.

La considerable cantidad de huesos recogidos y su mayoritaria pertenencia a especies domesticadas (óvidos, cápridos, suidos y bóvidos), son factores que vienen a testimoniar una economía basada eminentemente en las tareas pastoriles, si bien los molinos —poco numerosos— y las hachas pulimentadas documentan asimismo unas prácticas agrícolas que debieron desarrollarse como una actividad de tipo complementario. El mismo carácter secundario tendría la caza, pues los restos óseos clasificados como propios de ejemplares salvajes son porcentualmente muy inferiores a los domésticos y parecen evidenciar una acción venatoria no especializada. En efecto, el cuadro de individuos silvestres, menor a nivel cuantitativo, es más vasto en referencia al número de las especies identificadas: conejo, liebre, zorro, lobo, ciervo, corzo, cabra montés, sarrio (rebeco), jabalí y oso de las cavernas.⁵

Como ya he expresado con anterioridad, dentro del N II de Chaves se señalaron dos subniveles: N II a y N II b. Para tal distinción se siguió un criterio geológico basado en algunas diferencias de compacidad y composición que no siempre resultaban demasiado patentes. No obstante, al proceder al estudio minucioso de los materiales arqueológicos, pudo observarse una ligera evolución de los mismos entre cada una de las capas. Así, mientras la

⁵ El estudio paleontológico de Chaves, actualmente en prensa, fue realizado por Pedro M. CASTAÑOS UGARTE y del mismo proceden los datos expuestos.

cerámica de estrato inferior o N II b nos muestra unos esquemas decorativos muy característicos, de buena factura y cuidadosa elaboración, en el superior o N II a hay ya ejemplares que dejan traslucir una cierta degeneración de las técnicas ornamentales por impresión, al tiempo que desaparece casi por completo la utilización de las conchas de *Cardium* para la consecución de los motivos. Hay asimismo otros elementos arqueológicos exhumados en el N II a, que vienen a apoyar esta diferenciación previamente supuesta: un asa tubular vertical y un asa de lengüeta, también vertical, doblemente perforada. Ambos objetos, a pesar de estar decorados con impresiones, se salen de la tipología atribuida habitualmente a las producciones alfareras del Neolítico antiguo y reflejan una relativa modernidad que no se hace perceptible en ninguna de las piezas pertenecientes al N II b.

El posterior análisis por el método del radiocarbono de cenizas y carbones recogidos en los dos subniveles, vino a confirmar que las anomalías detectadas entre los materiales de ambos estadios tenían una correspondencia plena en las cifras absolutas: el N II a dio dos fechas de 4170 y 4280 a. C., y el N II b ofreció una datación de 4510 a. C.; esta última indica una cronología plenamente homologable a la ya establecida para otros yacimientos costeros del mismo ámbito y corresponde al momento de máxima pujanza de las impresiones cardiales. Las dos primeras, en cambio, nos llevan a una fase más avanzada, a una época en la que ya ha tenido lugar una atomización de la unidad cultural asumida por la cerámica cardial y que los investigadores franceses han bautizado genéricamente con el nombre de Epicardial.⁶

Espluga de la Puyascada

Es otro importante yacimiento arqueológico que puede considerarse todavía inédito, pues la gran cantidad de materiales recuperables ha retrasado forzosamente su estudio y, en consecuencia, su publicación.⁷

La Puyascada se ubica en la llamada Sierra Ferrera, denominación con que se conoce a las formaciones calizas que configuran la vertiente meridional de Peña Montañesa, primera cota importante de las Sierras Interiores del Prepirineo del Sobrarbe. La población más próxima es la pequeña aldea

⁶ «Les civilisations néolithiques du Midi de la France», *Actes du Colloque de Narbonne*, Narbonne, 1970. MONTJARDIN, R. (1973), *Essai sur l'Épicardial*, Sète.

⁷ Sobre la Espluga de la Puyascada hay una breve nota en: BALDELLOU, V.: «La Prehistoria», *op. cit.*, nota 4, pp. 22 y 23.

También se estudia superficialmente en: BALDELLOU, V. y MORENO, G. (1980), «El hábitat campaniforme en el Alto Aragón», *III Col·loqui Internacional de Puigcerdà*, Puigcerdà. En este último trabajo se tratan más a fondo los materiales eneolíticos. BALDELLOU, V., «El Neolítico...», *op. cit.*, nota 1.

de San Juan de Toledo, de la que se encuentra a unas dos horas y media de penosa ascensión en dirección noreste.

Aunque menor que la de la Cueva de Chaves, la Espluga de la Puyascada presenta una entrada de amplias dimensiones (más de 15 metros de anchura) que ilumina perfectamente el vestíbulo de la cavidad, el cual representa prácticamente la totalidad del desarrollo de la cueva, en realidad un vasto abrigo. En dicho vestíbulo se aprecian restos de un desprendimiento de la bóveda, posterior a su ocupación como habitáculo, pero los bloques de roca dejan entre sí espacios lo suficientemente extensos como para trabajar cómodamente y sin angosturas.

Las labores de excavación, llevadas a cabo en julio de 1975, se dedicaron a abrir cuatro catas estratigráficas en distintos puntos de la sala y en la zona exterior frente a la boca. Solamente resultaron fértiles los tres sondeos efectuados bajo cubierto, siendo absolutamente negativos los resultados obtenidos en la cata realizada fuera de la Espluga (c. 2).

La estratigrafía ofrecida por la Puyascada es muy simple en dos de los sondeos inferiores (c. 1 y c. 4), pues se reduce a un único nivel de ocupación neolítico sobre el que se asienta un débil estrato superficial, compuesto casi exclusivamente por restos fecales de oveja. En la cata restante de las excavadas en el vestíbulo también se señaló este nivel, pero al mismo se superponía otro de considerable potencia con materiales pobres y poco expresivos, entre los que se recuperaron tres fragmentos cerámicos con decoración puntillada de tipo campaniforme que sirvieron para fijar cronológicamente la capa.

En el estrato neolítico, los objetos arqueológicos aparecidos resultaron ser ricos y abundantes, estando constituido el grupo más característico por las cerámicas decoradas mediante impresiones en crudo; éstas presentan una magnífica gama de diseños, muy bien elaborados y excelentemente acabados, obtenidos por impresión de útiles diversos, entre los que faltan en absoluto los realizados con *Cardium*. A pesar de ello, los motivos ornamentales de la Puyascada y la técnica empleada para su consecución son lo suficientemente típicos para que su atribución a un horizonte neolítico no admita lugar a dudas.

El contexto de la cerámica impresa estaba formado por numerosos fragmentos de alfarería lisa, utensilios en sílex —muy poco frecuentes y escasamente trabajados— y una industria ósea considerablemente amplia, a base de espátulas y una notable cantidad de punzones. Los objetos de adorno incluían colgantes de varios tipos y cuentas de collar discoidales hechas con piedra, hueso y concha.

Como en Chaves, el análisis de los restos paleontológicos pone en evidencia una conducta económica fundada básicamente en la ganadería, con preponderancia de los óvidos y cápridos sobre bóvidos y suidos. La presen-

cia de ejemplares salvajes es ínfima (5%) y revela una actividad cazadora reducida a una simple práctica secundaria de escasa dimensión; sólo se han señalado restos de ciervo y de corzo, lo que contrasta en gran manera con el gran espectro de especies silvestres identificado en la cueva de Chaves.⁸ La agricultura está testimoniada también por algunos molinos barquiformes.

El nivel neolítico de la Puyascada, compuesto por tierras de tono marrón oscuro y buena cantidad de piedras sueltas, contenía muchos carbones y extensas zonas cenicientas que fueron utilizadas para efectuar los posteriores análisis por el sistema del C14. Los resultados conseguidos fueron los siguientes: 3980 y 3630 a. C. La primera datación es absolutamente idéntica a la conseguida en el abrigo de Roucadour para un horizonte similar, caracterizado asimismo por las cerámicas con impresiones en crudo y por la ausencia total de decoraciones cardiales.⁹ Se trata de una fecha bastante tardía pero no constituye un caso aislado, ni siquiera raro, vistos los datos que se conocen para el arco meridional francés. El segundo resultado, 3630 a. C., es menos frecuente para una fase cultural con cerámicas impresas, pues corresponde a una época en que las producciones alfareras lisas propias del Neolítico medio occidental empiezan a hacer ya acto de presencia. En el apartado dedicado a cronología intentaré comentar más ampliamente estas cuestiones.

Cueva del Forcón

Está situada, al igual que la Espluga de la Puyascada, en los farallones calizos de Sierra Ferrera y a una distancia equivalente del pueblecito de San Juan de Toledo, aunque en dirección noroeste. Significa el reverso de la moneda en cuanto a las condiciones de habitabilidad que nos ofrecían Chaves y la Puyascada: abierta su boca en un alto acantilado prácticamente vertical y a casi 7 metros sobre el nivel del suelo, su acceso solamente es posible a través del tronco de una carrasca seca que se ha colocado apoyada a la pared rocosa y que llega prácticamente hasta la altura de la entrada. Ésta, angosta y baja de techo, conduce a un vestíbulo muy mal iluminado en el que no se puede permanecer de pie más que en algunos reducidos sectores.¹⁰

La cueva del Forcón presenta trazas de actividad geológica y es de suponer que en períodos de precipitaciones considerables, todavía efectúe funciones de drenaje. Este hecho conlleva que la mayor parte del piso de la caverna esté constituido por la roca viva, siendo muy escasos los puntos

⁸ La fauna de la Espluga de la Puyascada ha sido estudiada también por Pedro M. CASTAÑOS UGARTE, de cuyo trabajo se han tomado los datos referidos.

⁹ NIEDERLENDER, A.; LACAM, R., y ARNAL, J. (1966), *Le gisement néolithique de Roucadour*, París.

¹⁰ BALDELLOU, V., «El Neolítico...», *op. cit.*, nota 1. También hay una referencia en «La Prehistoria...», *op. cit.*, nota 4, pp. 15-16 y 22-25.

donde existe acumulación de tierras. Ahora bien, en una zona de escasas dimensiones dentro del vestíbulo de la cavidad, ubicada a la izquierda de la boca, existía un depósito no demasiado espeso, en el que se distinguía superficialmente la presencia de restos óseos humanos y fragmentos de cerámica. Fue en este lugar donde se procedió a excavar, realizándose los trabajos en julio de 1976.

El depósito en cuestión se hallaba completamente revuelto por causas que no voy ahora a detallar, lo que no permitió que se pudieran descubrir estratos arqueológicos de ninguna clase; la potencia del sedimento resultó muy irregular, no sobrepasando en absoluto los 30 cm. de grosor.

Nuestra labor consistió más en tamizar las tierras removidas previamente que en llevar a efecto una excavación propiamente dicha, pues, tal y como se pudo comprobar durante el desarrollo del estudio, no quedaba ningún sector intacto. A pesar de este inconveniente, los resultados obtenidos no pueden considerarse pobres, recuperándose materiales que tienen un indudable interés arqueológico.

Parece incuestionable que la Cueva del Forcón tuvo una finalidad exclusivamente funeraria y que nunca se utilizó como vivienda. Esta circunstancia resulta evidente no sólo por la cantidad de huesos humanos recogidos, sino también por las mismas condiciones físicas de la gruta: acceso muy difícil, boca estrecha, iluminación casi nula, vestíbulo en el que resulta casi imposible mantenerse erguido, etc. Ninguno de estos aspectos favorece en nada una ocupación de tipo habitacional y más si se tiene en cuenta que el Forcón debe verse ocupado parcialmente por una corriente de agua en determinados momentos.

A causa de las intensas remociones sufridas por el yacimiento, nos fue totalmente imposible delimitar los enterramientos y determinar la orientación de los cadáveres, su posición, los ajuares que correspondían a cada uno de ellos, ni tan siquiera el número de individuos inhumados; me consta que numerosos restos han desaparecido, pero no hay posibilidades de discernir su actual paradero ni su volumen cualitativo. Por las estrictas dimensiones de la zona, opino que la estación no cobijaría más de media docena de tumbas, pero, repito, el rito funerario seguido por las gentes que enterraron en el Forcón no hay forma humana de conocerlo.

El grueso de materiales arqueológicos de la Cueva del Forcón está determinado por la cerámica. Mayoritariamente lisa, la alfarería de esta cavidad presenta también un interesante conjunto de decoraciones impresas muy parecido al de la Puyascada, entre las que están asimismo ausentes las de tipo cardial. Especial mención merecen unos fragmentos correspondientes a dos vasos con una decoración incisa dispuesta en franjas horizontales, compuestas por triángulos rellenos a base de líneas oblicuas. Uno de los

ejemplares presenta junto al borde una banda de pastillas repujadas. Los paralelos más próximos de estas piezas los tenemos en Francia —*céramique à triangles hachurés*—¹¹ y en Cataluña, en la Cova de la Font del Molinot;¹² en ambos casos son cerámicas pertenecientes a un horizonte cultural tardío, propio del Neolítico Final o incluso el Eneolítico. Un hermoso cuchillo de sílex con retoque plano escamoso, aparecido también en el Forcón, podría relacionarse igualmente con la misma fase cronológica.

Acompañan a los objetos citados algunas piezas en sílex sobre hojas y cuchillos sin retocar, varias cuentas de collar discoidales, dos cuentas de *Dentalia* y tres punzones en hueso. Se recogieron asimismo algunos restos romanos —muy escasos— y una interesante pieza en bronce con dos protomos de jabalí y uno de caballo. Dicha pieza, hallada en una sala superior de la cavidad, se encontraba aislada y escondida expresamente en una grieta de la pared rocosa, por lo que no guarda relación alguna con los materiales exhumados en la excavación. Tampoco cabe pensar que existe ningún lazo de unión entre el sector de enterramiento y los *maccaroni* sobre arcilla descubierto en la galería más profunda de la caverna, cuya datación podría ser perfectamente atribuida al Paleolítico.¹³

Cueva de la Miranda

Situada sobre el actual pantano de El Grado, en los despeñaderos calizos del término de Palo y a unos diez kilómetros al suroeste de dicha población.

La cavidad presenta una boca reducida de 3 metros de anchura por 2 metros de alto, de forma triangular. Esta entrada da acceso a un vestíbulo no muy grande (unos 10 m²) del que se desciende, en un plano inclinado, a una segunda sala más amplia (25 metros de longitud por 4 metros de anchura máxima), la cual constituye la galería final de la caverna. Tanto el vestíbulo como la sala posterior carecen de relleno de tierras, estando formado el suelo exclusivamente por bloques y cascotes. Entre los mismos se recogen restos arqueológicos revueltos, algo más abundantes en la galería terminal que en el vestíbulo donde se abre la boca.¹⁴

¹¹ ARNAL, G. B. (1976), *La céramique néolithique dans le Haut Languedoc*, Lodeve, p. 57.

¹² BALDELLOU, V., y MESTRES J. (1976), «La cova de la Font del Molinot. Una nueva facies neolítica», *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Vitoria, 1975, Zaragoza, pp. 249-252.

¹³ El estudio minucioso de los *maccaroni* del Forcón está ya concluido y será publicado en breve, al igual que el dedicado a la pieza de bronce.

¹⁴ BALDELLOU, V., «El Neolítico...», *op. cit.*, nota 1. Existe una breve nota sobre la Miranda en la obra ya citada «La Prehistoria...», *op. cit.*, nota 4, p. 22.

A pesar de la falta de depósito y, por tanto, de la imposibilidad de realizar en la Miranda excavaciones arqueológicas, el interés de los materiales encontrados hizo que se llevaran a cabo en la cueva dos campañas de estudio durante los meses veraniegos de los años 1975 y 1976. Dichas campañas consistieron en una recogida metódica, por zonas previamente delimitadas, de los objetos que se encontraban mezclados con las piedras sueltas que conformaban el piso del yacimiento. Las piezas recuperadas se presentaban completamente removidas y no resultó extraño que cerámicas de épocas distintas aparecieran juntas o que las más antiguas ocupasen un nivel de profundidad superior al de otras más recientes; del mismo modo, fragmentos de una misma vasija podían encontrarse considerablemente alejados entre sí o a distinta altura con respecto al suelo rocoso de base.

Los hallazgos fueron abundantes, estando constituido el lote más numeroso por la cerámica. Al lado de las producciones lisas, intrínsecamente poco expresivas, la Cueva de la Miranda nos ofrece dos grupos bien diferenciados respecto a la alfarería decorada: las cerámicas con ornamentaciones plásticas y las cerámicas con impresiones en crudo.

El primer conjunto, el más abundante, corresponde con seguridad a una Edad del Bronce no muy avanzada y, por lo tanto, no es éste el lugar más apropiado para entretenernos en él. Los fragmentos impresos son menos frecuentes, quizás por pertenecer a vasijas de tamaño inferior y de paredes mucho más finas. Su elaboración es muy cuidada y la cocción buena, mostrándonos unos motivos ornamentales muy característicos y de excelente acabado, íntimamente relacionables con los ya conocidos de la Espluga de la Puyascada y de la Cueva del Forcón. Al igual que en estos dos yacimientos, las decoraciones confeccionadas mediante conchas de *Cardium* están ausentes por completo.

La circunstancia de que los materiales de la Miranda estén totalmente mezclados impide que se pueda dotar a la alfarería neolítica de un contexto arqueológico seguro. Señalaré tan sólo que el porcentaje de elementos no cerámicos es ínfimo y que éstos no resultan demasiado significativos. La industria ósea es prácticamente nula y se reduce a un utensilio pulimentado que probablemente se empleó como mango. El utillaje en sílex está representado por unas pocas lascas informes y por cuatro únicos objetos trabajados, entre los que destaca una raedera fabricada sobre ónice. Se encontraron asimismo cuatro hachas pulimentadas, todas ellas elaboradas sobre roca metamórfica, esquistos posiblemente.

Los objetos de adorno fueron muy escasos, habiéndose recuperado solamente dos colgantes perforados, uno constituido por una concha de molusco marino y el segundo por una bola de calcita pulimentada. Repito que

no estamos en condiciones de relacionar ninguno de estos materiales con ninguno de los dos momentos de ocupación que parece haber sufrido la Cueva de la Miranda.

Abrigo del Huerto Raso

De todas las estaciones que se han atribuido al período neolítico, ésta es la única en la que no ha trabajado directamente el Museo de Huesca. Descubierta en julio de 1969, fue prospectada y excavada por un equipo del Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza, dirigido por Ignacio BARANDIARÁN.¹⁵

El yacimiento en cuestión resultó sumamente parco en materiales y solamente se recuperaron ocho fragmentos de cerámica, algunas piezas de sílex y una placa sobre roca arenisca con unos trazos de tipo geométrico grabados en la superficie de una de las caras. De la alfarería recogida, tan sólo tres fragmentos presentan decoración a base de impresiones en crudo, pero son lo suficientemente característicos como para permitir una referencia cronológica correcta para el abrigo que nos ocupa. Uno de estos trozos, el más típico y de mejor calidad, ha sido en ocasiones erróneamente clasificado como campaniforme,¹⁶ pero su filiación neolítica no admite lugar a dudas. Dentro del conjunto industrial lítico, la mayor parte de los útiles son lascas sin retocar, a excepción de un trapecio de base cóncava que representa la única pieza digna de interés.

B) Algunas consideraciones

A continuación voy a intentar esbozar sucintamente algunas interpretaciones sobre ciertos aspectos concretos que los yacimientos altoaragoneses ponen sobre el tapete. Mi intención es simplemente comentar unos puntos determinados sin pretender con ello llegar a conclusiones sólidas, que el estado actual de las investigaciones no permite. Por el contrario, estas conclusiones estarán sujetas a la más estricta provisionalidad y siempre pendientes de que nuevos descubrimientos y estudios las confirmen o las desmientan definitivamente.

¹⁵ BARANDIARÁN, I. (1976), «Materiales arqueológicos del Covacho de Huerto Raso», *Zephyrus*, XXVI-XXVII, Salamanca, pp. 217-223.

¹⁶ MORENO, G. (1971-1972), «Cerámica campaniforme en la cuenca alta y media del Ebro y provincias adyacentes», *Caesaraugusta*, 35-36, Zaragoza, p. 34.

1. *Los materiales arqueológicos*

Si enfocamos desde un punto de vista meramente material el conjunto cultural que nos ofrecen las cuevas neolíticas altoaragonesas, saltan claramente a la vista los numerosos puntos de contacto entre su utillaje y el que nos muestran los yacimientos del Neolítico antiguo que se encuentran en las regiones mediterráneas más próximas, es decir, Francia meridional, Cataluña y el País Valenciano. Este hecho puede resultar hasta cierto punto sorprendente si tenemos en cuenta la considerable distancia que existe entre los enclaves arqueológicos oscenses y el litoral marítimo, pero los contactos parecen adivinarse no sólo por el aspecto general de los materiales, sino también por la presencia de elementos de origen marino que han aparecido en todas y cada una de las cuevas citadas.

Centrándonos en las producciones alfareras, podría decirse que la Cueva de Chaves configura un capítulo aparte por ser el único yacimiento que ha dado cerámicas ornamentales a base de impresiones cardiales. Los ejemplares de Chaves decorados con *Cardium* son muy típicos y prácticamente indistinguibles de los que proceden de cualquier estación costera de la misma época, por lo que hay que incluirlos plenamente en un marco cultural común.

Las cerámicas cardiales faltan por completo en la Espluga de la Puyascada, Cueva del Forcón, Cueva de la Miranda y Abrigo de Huerto Raso, pero las magníficas decoraciones impresas recogidas en estas cavidades nos presentan unos esquemas y motivos ornamentales íntimamente relacionables con los conseguidos por medio de conchas; por ello, su filiación me parece asimismo fuera de toda duda. Opino que esta diferenciación en cuanto a los utensilios empleados para diseñar las decoraciones responde fundamentalmente a cuestiones cronológicas que procuraré exponer más adelante.

En efecto, las formas de las vasijas son muy parecidas en todos los yacimientos altoaragoneses, no habiéndose recuperado ningún ejemplar que rompa la uniformidad. Pese a que el estado fragmentario de los hallazgos cerámicos no permite un conocimiento demasiado amplio de la morfología alfarera sí que puede considerarse que los elementos recogidos encajan perfectamente dentro de la tipología establecida para el Neolítico antiguo: cuencos hemisféricos, vasos globulares y ovoides —algunos con cuello— y las características «botellas» o vasijas globulares con cuello estrecho más o menos largo. Las aportaciones materiales de culturas más recientes se reducen, por el momento y como ya se ha visto, a algunos medios de prehensión y no afectan, al parecer, a las formas establecidas.

Si la ausencia de impresiones cardiales tiene —según mi idea— una significación cronológica, hay que señalar también que en el Altoaragón no se da la regresión técnica que se patentiza en otras regiones respecto a la calidad de las pastas, cocción o acabado de las producciones impresas más tardías. Hay fragmentos en la Puyascada, el Forcón y la Miranda cuya elaboración es tan excelente que llega a superar la de las decoraciones cardiales de Chaves. Lo mismo puede decirse de fragmentos no cardiales aparecidos en el nivel neolítico superior de esta última calidad; de otra parte, la exuberancia de algunos motivos y su cuidadosa factura se aproximan más a los esquemas ornamentales propios del País Valenciano o de la Andalucía oriental que a los pertenecientes a los grupos francés y catalán, más cercanos geográficamente.

Dejando por el momento la cerámica, puede observarse que el resto de objetos arqueológicos también dejan traslucir una indudable unidad a nivel de cultura material: la industria lítica suele ser tosca y pobre en la totalidad de los lugares altoaragoneses, hecho que, por otra parte, concuerda perfectamente con la tónica general manifestada en las regiones costeras vecinas. Las piezas son escasas, mal trabajadas y con un notable aire de tosquedad, salvo contadas excepciones. Solamente los elementos geométricos de Chaves y Huerto Raso se salen de la vulgaridad representada por la gran mayoría del conjunto lítico. El capítulo más numeroso lo componen las hojas en bruto o ligeramente retocadas, encontrándose el resto de piezas en una posición porcentual muy inferior. Los útiles geométricos están bien documentados en las zonas mediterráneas, especialmente en Francia (*armatures de flèches tranchantes*), mas sus dimensiones suelen ser superiores a las que presentan las piezas de Chaves y Huerto Raso. En Chaves hay también dos medias lunas, útil menos frecuente en el ámbito cultural de referencia, pero también presente en varios yacimientos.

La industria ósea tampoco es variada ni demasiado rica, aunque en la Espluga de la Puyascada resultó bastante abundante. Predominan de modo indiscutible los punzones —muy característicos— y si bien las espátulas y otros objetos no llegan a estar del todo ausentes, configuran una minoría de escaso peso específico. Esta pobreza en los objetos en hueso alcanza de la misma forma a los núcleos culturales del litoral, no siendo raras las cuevas francesas en que los materiales óseos están totalmente ausentes.

Menos uniformes resultan los objetos de adorno, pero su mayor índice de variabilidad es una constante también muy extendida en las áreas vecinas y se puede explicar fácilmente en razón a su función no utilitaria. Como circunstancia digna de tenerse en cuenta hay que destacar que, salvo el Abrigo de Huerto Raso —muy parco en todo tipo de hallazgos— el resto de yacimientos altoaragoneses han dado alguna pieza de procedencia marítima,

bien en estado original y con perforación —para utilizarse como colgante—, bien como materia prima sobre la que fabricar cuentas de collar discoidales. Se trata de un factor más que revela la evidente relación que las comunidades altoaragonesas de esta época debieron mantener con las tierras costeras durante el desarrollo de su cultura neolítica.

Resumiendo, soy de la opinión que los caracteres materiales de las cuevas oscenses ponen de manifiesto una serie de connotaciones que las hacen enteramente asimilables a los que nos ofrecen las estaciones arqueológicas conocidas desde hace tiempo en las zonas geográficas más próximas con salida al mar. Creo que es indiscutible su pertenencia a un mismo marco cultural, por lo que las cerámicas impresas del Altoaragón significarían una ramificación tierra adentro de los pujantes focos neolíticos enclavados en los parajes periféricos mediterráneos.

2. *Cronología*

A guisa de introducción, voy a repetir aquí las dataciones por radiocarbono obtenidas para la Cueva de Chaves y la Espluga de la Puyascada: 4510 a. C. para el N II b de Chaves, es decir, el nivel neolítico inferior con cerámicas decoradas a base de impresiones cardiales; 4280 y 4170 a. C. para el N II a de la misma estación, capa neolítica superior con ornamentaciones impresas entre las que están prácticamente ausentes los de tipo cardinal y 3980 y 3630 para el horizonte neolítico de la Puyascada, con una rica gama de cerámicas impresas y falta total de impresiones cardiales. Éstas son las únicas fechas absolutas conseguidas hasta el momento y, aunque no pueden resultar suficientes para establecer un cuadro cronológico completo del Neolítico del Altoaragón, sí que nos podrán ser útiles a nivel comparativo y como puntos de referencia a aplicar en las consideraciones que seguidamente voy a expresar.

Como ya se ha señalado más arriba, creo que la ausencia de impresiones cardiales en el Forcón, la Puyascada, la Miranda y Huerto Raso responde más bien a factores de tipo cronológico que a diferenciaciones de índole cultural. Estas últimas son poco probables a la vista de la unidad que parece desprenderse del análisis de los materiales arqueológicos y de su homogeneidad.

La cerámica cardinal del N II de la Cueva de Chaves constituye, hoy por hoy, el único exponente que de esta técnica ornamental se conoce en el Altoaragón. También hay que tener en cuenta que las impresiones de *Cardium* sólo aparecen abundantemente en el estrato inferior del nivel neolítico (N II b), siendo mucho más raras en la capa suprayacente o N II a, en la que pue-

de apreciarse ya la inserción de materiales algo más recientes, como serían la citada asa tubular o la lengüeta vertical biforada.

Elementos que se salen del estricto marco material propio del Neolítico antiguo se han podido identificar también en la Puyascada, el Forcón y la Miranda, circunstancia que viene a dotar a estas cuevas de un indudable aire de modernidad relativa. Dicha modernidad se confirma en la Puyascada a través de las dataciones por C14 antes citadas.

Así pues, resulta lógico suponer que, de los yacimientos por ahora conocidos tan sólo la cueva de Chaves pertenecería al Neolítico antiguo propiamente dicho y, en concreto, su N II b únicamente. La fecha de 4510 corresponde perfectamente a tal momento y nos lleva a la época de máximo esplendor de las decoraciones de tipo cardial en casi toda la cuenca del Mediterráneo occidental.

Posteriormente, el uso de las conchas como elemento decorativo irá perdiendo auge y las impresiones se realizarán preferentemente con otros objetos. Entramos en la fase que los investigadores franceses conocen como Epicardial o Cardial Final, muy bien documentada en numerosas estaciones del país vecino y caracterizada por la escasez general de las impresiones cardiales. Éste sería el estadio cultural identificado en el N II a, donde puede observarse ya que algunos elementos que delatan una época más tardía inciden en un contexto con decoraciones impresas, pero sin hacerlas desaparecer; es más, los citados elementos se verán a su vez ornados según la moda tradicional. Las dataciones de 4280 y 4170 a. C. son también coherentes y concuerdan plenamente con las conocidas en el Mediodía francés para las facies Epicardiales: 4350 para la Grotte de Camprafaud,¹⁷ 4250 para St. Pierre de la Fage,¹⁸ 4250 para la Grotte de l'Aigle,¹⁹ 4190 y 4350 para Les Baumes de Montclus,²⁰ 4230-4130 para la Baume Bourbon,²¹ etc. Un yacimiento recientemente excavado por MALUQUER DE MOTES en la provincia de Lérida, la Cova del Parco, dio una fecha de 4220 para un horizonte similar al de Chaves (Nivel IV), constituyéndose en el paralelo más próximo en cuanto a su situación geográfica.²²

¹⁷ RODRÍGUEZ, G. (1970), «La grotte de Camprafaud. Datations au C14», *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 67, pp. 210-211.

¹⁸ ARNAL, G. B. (1977), «La grotte IV de Saint Pierre de la Fage», *B. S. P. F.*, 74, pp. 185-189.

¹⁹ ROUDIL, J. L. y SOULIER, M. (1979), «La grotte de l'Aigle et le Néolithique Ancien du Languedoc Oriental», *Mémoires de la Société Languedocienne de Préhistoire*, I.

²⁰ ESCALÓN DE FONTÓN, M. (1971), «La stratigraphie du gisement de la Baume de Montclus», *Mélanges André Veragnac*, París, pp. 273-278.

²¹ COSTE, A., y GUTHERZ, X. (1976), «Découverte de la phase récente de la culture cardiale dans les garrigues de Nimes», *B. S. P. F.*, 73, pp. 246-250.

²² INSTITUTO ESPAÑOL DE PREHISTORIA (1978), *Catálogo de yacimientos arqueológicos con datación mediante carbono-14 de la Península Ibérica e Islas Baleares y Canarias*, Madrid.

Las dataciones del N II a de la Cueva de Chaves enlazan claramente con la de 3980 a. C. conseguida para el nivel neolítico de la Espluga de la Puyascada, la cual viene a demostrar que la cerámica impresa perdura en el Altoaragón en los inicios del IV milenio anterior a nuestra era. Dicha fecha también tiene entera correspondencia con otras pertenecientes a contextos arqueológicos parecidos; ya he citado anteriormente su identidad exacta con la del Abrigo de Roucadour, identidad que se repite con una de las dataciones que se han publicado para el Nivel IV de la Cueva de Zuheros (Córdoba);²³ asimismo, la ya mencionada Cueva del Parco dio una cronología de 3840 para la capa superior de cerámicas impresas (Nivel III). En Francia las dataciones paralelizables son todavía más numerosas: 3900 para el Abrigo de Font Juvenal de Conques,²⁴ 3710 para el Nivel VII de la Grotte de Chazelles,²⁵ 3570 para el yacimiento citado antes de St. Pierre de la Fage, 3560 para la Grotte Limonesque,²⁶ etc. Las últimas dataciones se aproximan de forma evidente a la segunda de las obtenidas en la Puyascada —3630 a. C.— y nos indican una pervivencia de las facies epicardiales durante toda la primera mitad del IV milenio. Sin embargo, dicha pervivencia no posee carácter generalizado, pues no faltan las estaciones arqueológicas que por estas fechas se ven ocupadas por una cultura material ya perfectamente encuadrable en el Neolítico medio de tipo occidental: mezcla de Epicardial y Chassey hacia el 3500 en Saint Mitre,²⁷ 3590 para el Chassey antiguo del abrigo ya apuntado de Font Juvenal o 3400 para un nivel de habitación de la cultura de los Sepulcros de Fosa en la Cova de la Font del Molinot (Barcelona).²⁸ La atomización cultural que se manifiesta en las últimas fases del Neolítico antiguo puro de tipo cardial da lugar a la aparición de numerosos núcleos locales con peculiaridades muy apreciables, los cuales conocerán una perduración variable. En algunos sectores del Mediodía francés la civilización chaseense no acaba de imponerse hasta una época tardía, 2800-2600 a. C. o incluso más tarde.²⁹

A causa de la ausencia de estratigrafía en la Cueva de la Miranda, no se realizaron análisis de datación por C14. Pese a ello, algunos elementos dejan

²³ MUÑOZ, A. M., y VICENT, A. M. (1974), «La cueva de Zuheros», *Trabajos de Prehistoria*, Madrid, pp. 282-283 y 293-294.

²⁴ GUILAINE, J., «L'abri de Font Juvenal à Conques», *Gallia-Préhistoire*, XV, 2, pp. 513-515.

²⁵ ROUDIL, J. L., y SOULIER, M., «La grotte...», *op. cit.*, nota 19, pp. 31-35.

²⁶ ARNAL, G. B., «La céramique...», *op. cit.*, nota 11, p. 29.

²⁷ CALVET, A. (1969), «Les abris sous Roche de Saint Mitre», *Maison de la culture de Manosque*.

²⁸ BALDELLOU, V.; GUILAINE, J.; MESTRES, J., y THOMMERET, Y. (1975), «Datations C14 de la grotte de la Font del Molinot», *Pyrenae*, XI, Barcelona, pp. 151-153.

²⁹ COURTIN, J. (1974), *Le Néolithique de la Provence*, París, p. 40.

traslucir también ciertos caracteres avanzados. Un hermoso fragmento de cuenco hemisférico con decoración impresa, provisto de un asa de lengüeta horizontal con dos perforaciones verticales, podría ser un ejemplo de ello; un medio de prehensión de esta índole rebasa la morfología atribuida a las producciones cerámicas del Cardial pleno y revela unos lazos de unión incuestionables con las posteriores fases epicardiales. La gran semejanza de los motivos impresos de esta cavidad y con los de la Espluga de la Puyascada ayuda asimismo a pensar que ambos yacimientos pertenecen a un estadio cronológico similar.

Tal y como he dicho en otro apartado, los materiales de la Cueva del Forcón son también relacionables con los de la Puyascada y la Miranda. Ahora bien, en el Forcón se recuperaron, en un contexto dominado por las cerámicas con ornamentaciones impresas, varios fragmentos correspondientes a dos vasos decorados mediante la técnica llamada por los investigadores franceses à *triangles hechurées*. Aunque se tenga que ir con muchas precauciones y no se pueda ser en absoluto categórico a la vista de las intensas remociones sufridas por el depósito arqueológico del Forcón, no hay que descartar la posibilidad de que las impresiones de tipo epicardial y los esquemas incisos de triángulos puedan encontrarse asociados en esta cavidad y pertenecer a un mismo momento. Los enterramientos del Forcón parecen constituir un conjunto cerrado en el que no se han podido apreciar otras injerencias de objetos más recientes, si exceptuamos los escasísimos restos romanos; pienso además que la utilización de este yacimiento como lugar funerario no debió ser muy dilatada en razón a las reducidas dimensiones de la zona fértil y a las pocas inhumaciones que podía ésta contener. Así pues, la contemporaneidad de ambos estilos decorativos no puede ser rechazada rotundamente bajo ningún punto de vista.

Resultó imposible efectuar análisis por el sistema del radiocarbono de las muestras orgánicas aparecidas en la Cueva del Forcón, ya que las mismas habían sido afectadas previamente y el riesgo de contaminaciones era excesivo. No obstante, la cuestionable asociación de elementos impresos con incisiones triangulares puede servirnos para establecer, como hipótesis de trabajo, que el uso de las técnicas decorativas por impresión en el Altoaragón conoció una prolongada vigencia. Hay que tener en cuenta que los *triangles hachurées* se consideran en Francia como una evolución tardía de las ornamentaciones incisas chaseenses y en algunos casos se encuentran relacionados con horizontes arqueológicos que conocen ya el uso del cobre. En la mencionada Cova de la Font del Molinot se hallaron en un contexto de enterramientos claramente eneolíticos.

En síntesis, podría decirse que únicamente el N II b de Chaves pertenece al Neolítico cardial puro (anterior al 4500 a. C.), correspondiente al N II a

de la misma cueva y los materiales neolíticos de la Puyascada, el Forcón y la Miranda a la etapa posterior Epicardial o Cardial final. Las dataciones por C14 de Chaves y Puyascada así parecen demostrarlo y son perfectamente homologables a las conocidas en las regiones costeras más cercanas; el análisis de las piezas arqueológicas abonan asimismo tal suposición. Para la Miranda y el Forcón no existen datos absolutos de radiocarbono, pero su contexto material es totalmente asimilable al recuperado en la Puyascada.

Así pues, queda atestiguado por las fechas de radiocarbono que en el Altoaragón las ornamentaciones impresas se desarrollan desde la primera mitad del V milenio hasta mediados del IV. Su pervivencia posterior no se puede documentar con seguridad, pero si aceptamos su relación con las incisiones de triángulos en el Forcón, cabe dentro de lo posible que la utilización de las impresiones durara hasta las fases finales del período Neolítico. Quizás la presencia de la plaqueta con grabados geométricos recogida en el Abrigo de Huerto Raso pudiera confirmar esta teoría, pues son frecuentes las manifestaciones artísticas de la misma clase en el Neolítico avanzado italiano.³⁰ En tal caso, las alfarerías con impresiones ocuparían la totalidad del Neolítico, manteniéndose a pesar de algunas aportaciones más tardías, las cuales aparecerían escasamente en el contexto tradicional, sin la suficiente potencia como para transformarlo de un modo efectivo.

3. *Economía y otros aspectos sociales*

No pienso detenerme excesivamente en este capítulo, debido a la insuficiencia de datos al respecto; como documento firme sólo podemos contar con los análisis de los restos óseos de la Cueva de Chaves y de la Espluga de la Puyascada, realizados por don José María CASTAÑOS UGARTE, lo que obvia todo intento de generalización sobre el tema.

A través de dichos estudios puede concluirse que el yacimiento neolítico más antiguo del Altoaragón practica una actividad económica ya fundamentalmente neolítica, con clara preponderancia de la ganadería sobre otros recursos alimentarios.

El porcentaje de animales domésticos representados es un 70%, mientras que los individuos salvajes configuran un 30%, con todo y haberse identificado un mayor número de especies en el último grupo. Tal cuadro pone de manifiesto una economía eminentemente pastoril, completada por unas

³⁰ CORNAGGIA CASTIGLIONI, O. (1965), «I ciotolli della stazione palatitticola della Lagozza di Besnate», *Bolletino di Paleontologia Italiana*, nuova serie, X, vol. 65, pp. 143-156.

prácticas venatorias secundarias y de tipo no especializado, es decir, con un evidente carácter accidental.

El conjunto doméstico más amplio está formado por los óvidos y cápridos, seguidos por los suidos y en proporción mucho menor, por los bóvidos.

Los restos faunísticos de la Puyascada revelan asimismo una forma de vida pecuaria, más enraizada si cabe que en la comunidad que ocupó Chaves. Las variedades domésticas dominan el esquema porcentual mucho más ampliamente (95%) y los animales cazados se reducen a dos únicas especies: ciervos y corzos. Sin embargo el hecho de que los huesos recuperados provengan de catas aisladas y no de un estudio integral de las estaciones, no permite establecer conclusiones categóricas al respecto.

La agricultura resulta mucho más difícil de documentar, pues los restos vegetales precisan de unas condiciones ambientales muy especiales para que se puedan conservar en los sedimentos de las cuevas. En el Altoaragón no han aparecido granos ni otros hallazgos que nos permitan asegurar la implantación de los cultivos agrícolas en el seno de las comunidades neolíticas que lo habitaron. Su existencia puede adivinarse a través de los molinos de piedra dura (granito, conglomerado, etc.), de las hachas pulimentadas que pudieron usarse como azadas o azuelas y de las piezas foliáceas en sílex con la característica pátina lustrada en uno de sus filos. Sin embargo, la poca abundancia de elementos de esta índole es patente e igual pueden revelar una agricultura de tipo complementario que una continuación durante el Neolítico de las actividades recolectoras ancestrales. Por el estado actual de la investigación prehistórica en la provincia de Huesca, parece que la agricultura no conoce una implantación digna de tenerse en cuenta hasta un momento avanzado dentro del Eneolítico, que es cuando empiezan a asentarse los primeros poblados temporales en la tierra baja oscense y a explotarse sus considerables posibilidades agrícolas.³¹ El entorno geográfico de las cuevas aquí descritas no favorece en absoluto las economías de cultivo, pero tampoco se puede descartar totalmente a la agricultura como fuente secundaria de alimentos, basándonos tan sólo en unas características ambientales más propicias para las prácticas pastoriles.

El alejamiento de las estaciones neolíticas altoaragonesas con respecto al litoral marítimo conlleva que la recolección de moluscos marinos sea lógicamente inexistente en las cavidades que aquí se estudian y lo mismo puede decirse con respecto a los terrestres, de los que únicamente se han detectado unos pocos ejemplares en la Cueva de la Puyascada. Faltan por completo los

³¹ BALDELLOU, V. (1980), «Consideraciones sobre el poblamiento prehistórico en el Alto Aragón», *Bajo Aragón, Prehistoria*, II, Zaragoza, pp. 73-83; (1980), «Consideraciones sobre el estado actual de la investigación prehistórica en el Alto Aragón», *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, Zaragoza, p. 147.

moluscos fluviales y los restos que indiquen que se efectuasen labores de pesca en los ríos próximos a las cuevas.

El menguado volumen de los conocimientos actuales —consecuencia de una investigación recientemente iniciada— hace que otros muchos factores socioeconómicos no puedan ser dilucidados; el hecho de no haberse podido efectuar todavía la excavación y estudio integrales de ningún yacimiento y de que los datos manejables provengan de simples catas de superficie limitada, no permite precisar la posible organización de los lugares de habitación, es decir, si había zonas específicamente destinadas a un tipo concreto de actividad o si el grupo humano hacía un uso indiscriminado de los sectores de la cavidad utilizada como vivienda. Los cuatro sondeos llevados a cabo en la Cueva de Chaves representan un área ínfima frente a las enormes dimensiones del vestíbulo habitado y una estación más abarcable, como la Espluga de la Puyascada, sólo ha sido estudiada a través de tres reducidas catas, pues su difícil acceso obliga a permanecer en la cueva durante toda la campaña de excavación y ello no ayuda a que la estancia resulte demasiado prolongada. El mismo caso se da en el Abrigo del Huerto Raso, mientras que la Cueva de la Miranda, sin depósito de tierras y con materiales mezclados, tampoco sirve para la obtención de documentos válidos al respecto.

En tales circunstancias, resulta prácticamente imposible discernir si nos encontramos ante ocupaciones de tipo permanente o ante refugios temporales empleados durante las estaciones frías. Las condiciones de habitabilidad de Chaves, Puyascada y Miranda son realmente excelentes y favorables para una permanencia dilatada en las mismas, pero la potencia —no demasiado considerable— de los niveles neolíticos de las dos primeras parece indicar lo contrario. Habrá que esperar a próximas campañas y a una mayor insistencia en dichos yacimientos para esclarecer algunos de estos aspectos.

Con referencia al rito funerario de los neolíticos altoaragoneses, la situación actual es idéntica. La Cueva del Forcón no nos puede servir como fuente de información fidedigna a causa de su relleno enteramente removido. Solamente puede señalarse que la forma de enterramiento consistía en inhumaciones en cueva —seguramente individuales a tenor de los paralelos conocidos en el Mediodía francés—, con un ajuar compuesto por objetos de adorno y ofrendas de tipo alimentario, testimoniadas por los vasos cerámicos y algunos restos óseos de animales. La presencia de carbones y cenizas entre los materiales revueltos del Forcón puede constituir un vestigio de posibles piras rituales que no afectarían en nada a los cadáveres, pues ninguno de los huesos humanos conservados presentan trazas de cremación. La cueva sepulcral del Forcón ofrece, a pesar de su lamentable estado de conservación, indiscutibles lazos de unión con los escasos yacimientos de la misma clase conocidos en las regiones mediterráneas francesas con ajuares muy si-

milares y donde se ha podido comprobar que los cuerpos se colocaban de costado y en posición contraída o replegada.³²

4. Comentario final

Aunque las lagunas de conocimientos sean todavía excesivas en la documentación relativa al Neolítico altoaragonés, tampoco deja de ser cierto que el mero descubrimiento de su existencia constituye ya de por sí un dato sumamente interesante y provisto de indudable importancia. Hay que tener en consideración que los yacimientos citados en este trabajo eran completamente desconocidos hace cinco años y que por aquel entonces resultaba difícil suponer que, en una zona geográfica tan alejada del mar, pudieran aparecer facies neolíticas caracterizadas por cerámicas impresas perfectamente relacionables con las conocidas de antiguo en las regiones vecinas bañadas por el Mediterráneo.

En buena lógica, serán precisamente las mencionadas regiones costeras hacia las que tendremos que volver la vista a la hora de plantearnos el posible origen de la cultura neolítica altoaragonesa. Su evocación oriental queda fuera de toda duda, pues no existe nada parecido en dirección a Poniente, en el País Vasco o Navarra, donde la neolitización parece más tardía y su cultura material ofrece un aspecto completamente distinto. Ahora bien, si se pretende ser más exacto, si se quiere especificar el lugar concreto (noreste, este o sureste) de proveniencia de los estímulos exteriores que dieron lugar al establecimiento de las principales comunidades neolíticas en el Altoaragón, tendremos que reconocer que las informaciones disponibles son a todas luces insuficientes. La energía del relieve del Pirineo Central y la altitud de sus cotas lo hacen poco penetrable y lo convierten casi en una barrera natural, por lo que cabe pensar que un origen ultrapirenaico o nororiental para el neolítico oscense parece bastante problemático. Hacia el sureste el camino resulta más expedito y bien cabría pensar que la manifestación hacia el interior del grupo neolítico valenciano detectada en los yacimientos cardiales turolenses³³ podría prolongarse hasta el Altoaragón; no obstante, entre las estaciones neolíticas del Bajo Aragón y los yacimientos oscenses existe un enorme espacio en blanco, sin ningún eslabón intermedio que los enlace.

³² DUDAY, H., y GUILAINE, J. (1975), «Les restes funéraires en Languedoc et Roussillon du Néolithique au premier Âge du Fer», *Cahiers ligures de Préhistoire et Archéologie*, 24, pp. 140-151.

³³ BARANDIARÁN, I. (1979), «El Epipaleolítico geométrico en el Bajo Aragón», *XV Congreso Nacional de Arqueología*, Lugo, 1977, Zaragoza, pp. 125-131; (1976), «Botiqueria dels Moros (Teruel). Primera fechación absoluta del complejo geométrico del Epipaleolítico Mediterráneo español», *Zephyrus*, 26-27, Salamanca, pp. 183-186.

En sentido este las posibilidades de comunicación son asimismo buenas, ya sea por la tierra baja oscense, estrechamente unida al llano ilerdense, o bien a través de la Depresión Media prepirenaica, que constituye un pasillo transversal de cómodo tránsito entre el Altoaragón y la cuenca de Tremp. En la provincia de Lérida los yacimientos neolíticos con decoraciones impresas no son abundantes, pero existen.³⁴ Quizás sea en esta dirección donde haya que buscar la ruta seguida por los posibles colonizadores o la vía de aculturación que significaría la implantación de las formas de vida neolíticas en la región altoaragonesa. Verdad es que ninguna estación leridana ofrece la categoría y la riqueza material que en el Altoaragón presentan cuevas como Chaves, Miranda o Puyascada, pero esta circunstancia no deja de ser un dato negativo y, en principio, me muestro partidario de considerar a los yacimientos que nos ocupan como una penetración tierra adentro del grupo neolítico catalán. Posteriores investigaciones podrán reafirmar o rechazar tal suposición, pero hoy por hoy es la teoría que presenta la base más sólida, dentro de la general endeblez resultante de la ausencia de informaciones más precisas.

Si bien puede adivinarse hipotéticamente el camino seguido por el fenómeno neolítico hasta llegar al territorio oscense, la ignorancia es total respecto al carácter específico del proceso. ¿Cómo se neolitizó el Altoaragón? ¿Sus yacimientos son fruto de la llegada de nuevas gentes o de simples contactos culturales? Con estas preguntas no hago más que trasladar a una zona concreta la problemática general planteada en referencia al origen del Neolítico de la cuenca mediterránea occidental. Hasta hace poco tiempo las teorías difusionistas conocieron una aceptación casi unánime por parte de los investigadores del tema, que explicaban la expansión de las nuevas economías por medio de migraciones humanas. Sin embargo, los recientes estudios han venido a demostrar que algunos de los factores definidores del Neolítico se daban ya en horizontes anteriores y también que los sustratos mesolíticos no sufrían un cambio brusco ni desaparecían de una manera instantánea. Estos hechos, unidos a las dataciones por el método del carbono radioactivo que han dado cronologías del VI milenio en Italia, Francia, España y Córcega e incluso tres fechas del VII en Coppa Nevigata, Cap Ragnon y Verdelpino,³⁵ han venido a replantear la cuestión y en la actualidad las tesis aculturacionistas y poligenéticas se han visto notablemente reforzadas, hasta el punto de ser las más extendidas dentro del mundo especializado.

En el Altoaragón, repito, no hay datos al respecto, pues los restos arqueológicos atribuibles al Mesolítico son escasos y de cronología dudosa y

³⁴ MAYA, J. L. (1977), *Lérida Prehistórica*, Lérida, pp. 37-38.

³⁵ GUILAINE, J., y otros (1979), *L'abri de Jean Cros*, Toulouse, pp. 210-212.

no existe ninguna posibilidad de establecer unas pautas evolutivas entre los estadios preneolíticos y los yacimientos ya plenamente inmersos en las nuevas directrices culturales. Quizás la Cueva de Chaves, por su conjunto cultural típicamente marítimo y por constituir de momento un caso aislado en cuanto a la presencia de cerámicas cardiales, podría tomarse como testimonio de un asentamiento de gentes foráneas ya plenamente neolitizadas, pero una vez más nos tenemos que basar en informaciones negativas que pueden ser totalmente invalidadas al verse ampliado con futuros descubrimientos el menguado panorama que hoy se muestra ante nosotros.

II. EL FENÓMENO MEGALÍTICO

A través de las informaciones de que disponemos en la actualidad, la ignorancia es casi total cuando nos planteamos el problema del asentamiento en el Altoaragón del rito de enterramiento por inhumación en sepulcros megalíticos, de su origen, de su incidencia sobre los grupos humanos autóctonos e incluso del momento cronológico aproximado en que tuvo lugar. La imposibilidad de relacionar los monumentos dolménicos con lugares de habitación contemporáneos y la extremada pobreza de sus ajuares son factores fundamentales que dificultan en grado sumo la posible solución de estas cuestiones. Sabemos que se impone de manera generalizada en las zonas montañosas oscenses el nuevo rito funerario representado por los dólmenes, pero no estamos en condiciones de establecer su procedencia ni de asociarlo con yacimientos habitacionales conocidos, así como tampoco podemos dilucidar si su implantación tiene lugar durante las últimas fases del Neolítico —como en las regiones vecinas—, o ya durante el desarrollo del período Eneolítico. Una vez más, la escasez de datos viene a erigirse como protagonista máximo a la hora de intentar historiar una nueva etapa de la prehistoria oscense y, una vez más, se debe recurrir a la esperanza de que próximos hallazgos puedan ir respondiendo progresivamente a las preguntas que hoy todavía no han encontrado la contestación deseable.

A) Núcleos de Megalitismo en el Altoaragón

Se ha hecho referencia en numerosas ocasiones al vacío de conocimiento existente en el Altoaragón cuando se intentaba esbozar un esquema de distribución del fenómeno megalítico en la zona pirenaica. En efecto, el Pirineo central ofrecía un insignificante número de enterramientos dolménicos si lo comparábamos con la densidad de sepulcros localizados en los núcleos

catalogán y vasco-navarro, que lo flanquean al este y oeste, respectivamente. Sin embargo, los últimos descubrimientos efectuados en el sector han ampliado considerablemente su volumen numérico y vienen a demostrar que la escasez de monumentos funerarios responde más a una falta de prospecciones arqueológicas metódicas que a una ausencia real de construcciones megalíticas. Pese a todo, el grupo aragonés no alcanza aún cuantitativamente el nivel de los focos vecinos y soy de la opinión que no llegará nunca al mismo; no estamos frente a un grupo importante, de esto no cabe duda, pero tampoco se trata de un territorio cuyo contenido en el plano megalítico resulte poco digno de tener en consideración.

La difusión de los monumentos megalíticos conocidos en la región altoaragonesa señala, hoy por hoy, la existencia de dos núcleos geográficos bien diferenciados: el más denso se centra en los valles pirenaicos, mientras que el segundo, de una entidad mucho menor, se encuentra situado en las serranías exteriores del prepirineo oscense. Seguidamente me voy a referir brevemente a la descripción de ambos, incluyendo en la relación los más recientes hallazgos realizados.

1. *Sepulcros prepirenaicos*

En este ámbito los megalitos se distribuyen en dos zonas concretas bastante alejadas entre sí: la Sierra de Guara y el Prepirineo ribagorzano, desconociéndose por el momento la presencia de dólmenes que enlacen ambas comarcas.

En la Sierra de Guara son conocidos desde antiguo tres sepulcros megalíticos que corresponden tipológicamente a la forma de cámara dolménica simple. *La Caseta de la Bruja o dolmen de Ibirque*,³⁶ citado algunas veces como dolmen de Lasaosa, ha perdido prácticamente el túmulo y ofrece una cámara de dimensiones considerables (2 x 1,50 m. y 1,70 de altura). El *dolmen del Palomar*, en cambio, posee un túmulo —exclusivamente de piedras— bien conservado, habiendo perdido la losa de cubierta. Está enclavado en el término municipal de Nocito, junto al camino que va de esta población a Santa Eulalia. En Rodellar, en pleno corazón de la Sierra, se conoce el gran sepulcro de *La Losa mora*,³⁷ con un túmulo de unos 12 metros de diámetro

³⁶ BELTRÁN, A. (1954), «Un nuevo dolmen en la Sierra de Guara», *Caesaraugusta*, 4, Zaragoza, pp. 131-132. ANDRÉS, T. (1978), *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico de la Cuenca Media del Ebro*, Zaragoza, p. 26.

³⁷ ALMAGRO, M. (1942), «La cultura megalítica en el Alto Aragón», *Ampurias*, IV, Barcelona, pp. 160-162. CASADO, P. (1973), «Notas para el estudio del dolmen de Rodellar», *Estudios*, II, Zaragoza, pp. 25-32.

en cuyo centro se ubica la cámara, orientada hacia el este. Se trata de un dolmen simple con cierre parcial de la entrada y ofrece las siguientes dimensiones: 2,2 x 1,6 / 1,85 m. y 1,6 m. de altura.

A estos megalitos hay que añadir un nuevo monumento localizado hace escasos meses, sito entre los términos de Santa Eulalia la Menor y Belsué, que constituye el único ejemplo conocido hasta el momento de enterramiento dolménico emplazado en la vertiente meridional de la Sierra de Guara.

El extremo oriental del megalitismo altoaragonés está representado por los dos monumentos de Cornudella,³⁸ situados en las cercanías del pueblo de Arén, en la comarca de Ribagorza. *Cornudella I* es un dolmen simple rectangular con una losa muy baja empujando la entrada. El túmulo se conserva muy deficientemente pero presenta algunos aspectos que hacen valorar la posibilidad de que nos encontremos ante un dudoso sepulcro de corredor. La boca de acceso se abre en sentido sureste. El segundo enterramiento, *Cornudella II*, tiene también una laja pequeña ante la entrada, pero no exactamente bajo el final de la cubierta, sino en el exterior del dolmen, a 1 metro delante de él. Los dos dólmenes están contruidos con piedras de pudinga local.

2. *Sepulcros pirenaicos*

Repito que constituyen el foco más importante cuantitativamente hablando, perteneciendo además al mismo casi todos los nuevos descubrimientos llevados a cabo. Una vez efectuados éstos, la totalidad de los valles pirenaicos registran la presencia de monumentos funerarios, pues el valle del Ésera, que hasta el momento configuraba un espacio en blanco, puede incluirse ya en el área de difusión del megalitismo altoaragonés gracias a la localización de una cámara dolménica inédita próxima a Estós.

En aras de una mayor claridad expositiva, trataré de los sepulcros conocidos en esta región siguiendo un criterio geográfico, es decir, agrupándolos según los ríos más importantes que hienden de norte a sur nuestra cordillera.

Iniciando el recorrido por el este, con el citado dolmen de Estós, de momento el sepulcro pirenaico más oriental, hay que saltar hasta el alto curso del Cinca para encontrar el segundo monumento megalítico conocido, en los alrededores de Tella. Se trata de la *Piedra de Vasar o Losa de la Campa*,³⁹ y es una cámara dolménica simple situada al noroeste de la citada población.

³⁸ ANDRÉS, T. (1975), «La estación megalítica de Cornudella (Arén, Huesca)», *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, 4, Madrid, pp. 39-77.

³⁹ BELTRÁN, A. (1955), «El dolmen de Tella», *Caesaraugusta*, 6, Zaragoza, pp. 242-243. CASADO, P., «Notas para...», *op. cit.*, nota 37, p. 26.

En sus proximidades se cita asimismo el dolmen de Avellaneda, cuya existencia real no ha podido ser comprobada por el momento, por lo que cabe la posibilidad de que sea fruto de una confusión.

En la cuenca del Ara, afluente del Cinca, se puede descartar, en principio, la presencia de un megalito en Torla, al que se hace referencia erróneamente en algunas publicaciones. Río arriba, más al norte, se han señalado numerosos túmulos de pequeño tamaño en el Valle de Ordesa, en el camino que transcurre desde Cotatuero hasta el circo de Soaso.

Continuando hacia poniente, en el Valle de Tena, hay que señalar las dos cámaras simples emplazadas bajo la ermita de Santa Elena, muy próximas al río Gállego y en el término municipal de Biescas. Conocidas y estudiadas desde hace tiempo,⁴⁰ ambos monumentos fueron destruidos hace más de cuarenta años. Últimamente se ha podido reconstruir el mayor de ellos, *Santa Elena I*, siguiendo los planos y las fotografías que se disponían del mismo, lo que no ha sido posible hacer con el sepulcro menor, *Santa Elena II*, por no haberse encontrado las losas que lo formaban.

Más hacia el oeste, el curso montañoso del río Aragón no ofrecía hasta hace pocos años ningún ejemplar megalítico de atribución segura. No obstante, las prospecciones llevadas a término en la zona han dado como resultado la localización de tres monumentos nuevos, situados todos ellos en los alrededores del pueblo de Villanúa.

El descubierto en primer lugar, el dolmen de *Letranz*,⁴¹ emplazado al este-noreste de la población antes citada, se encontraba adosado a un muro de piedra seca levantado para delimitar un prado. Se trata, como el resto de los megalitos de Villanúa, de una cámara dolménica simple con el túmulo compuesto de piedras y tierras en mal estado de conservación.

El segundo dolmen hallado se denomina *Cueva de Tres Peñas*⁴² y se ubica al sur-suroeste del pueblo. Está constituido por dos únicas lajas verticales a ambos lados y una de cubierta. Muros de piedra seca de época incierta ayudan a sostener esta última losa. El túmulo ha desaparecido casi totalmente.

El dolmen que cierra el grupo del Valle del Aragón es el que presenta, junto con la citada Losa de la Mora, la cámara de mayores dimensiones de la provincia oscense, conocido como Caseta de las Guixas. Está rodeado por

⁴⁰ ALMAGRO, M., «La cultura megalítica...», *op. cit.*, nota 37, pp. 157-159.

⁴¹ GARCÉS, J. M., «El dolmen de Letranz. Un importante hallazgo arqueológico en nuestra provincia», *Heraldo de Aragón*, 20-XI-74. BALDELLOU, V. (1975), «Dos nuevos dólmenes en las cercanías de Villanúa», *Boletín de la Asociación Cultural Altoaragonesa*, Villanúa. BALDELLOU, V., y ANDRÉS, T., «Megalitismo altoaragonés: últimas novedades», *III Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà* (en prensa).

⁴² BALDELLOU, V., «Dos nuevos...», *op. cit.*, nota 41. BALDELLOU, V., y ANDRÉS, T., «Megalitismo...», *op. cit.*, nota 41.

un gran túmulo de 11,30 metros de diámetro siguiendo el eje norte-sur por 9,80 en el este-oeste, compuesto casi exclusivamente por piedras, algunas de gran tamaño. La boca de la caseta se abre al mediodía, orientación que siguen asimismo los otros dos sepulcros de Villanúa.

El Valle del río Aragón Subordán representa la última cuenca importante hacia poniente y la más rica, de momento, en cuanto a monumentos megalíticos se refiere.

Remontando el lecho fluvial y sobrepasada la población de Hecho, nos encontramos con el primer sepulcro dolménico en la *Selva de Oza*, concretamente en el interior del camping del mismo nombre. Completamente destruido, conserva únicamente dos losas —una todavía en pie y la otra caída— que no permiten formarse una idea de su morfología original.

Más hacia el norte, en el Valle de Guarrinza, se han localizado y estudiado una considerable cantidad de túmulos, círculos, cistas y enterramientos megalíticos, que convierten el sector en el punto con mayor densidad de hallazgos de todo el Pirineo altoaragonés.⁴³ Por otra parte, es en Guarrinza donde los monumentos funerarios nos ofrecen la tipología más variada de la región, si bien casi todos los sepulcros que se salen de la tónica general representada por las cámaras dolménicas simples, están hoy destruidos y no es posible comprobar si su atribución se efectuó correctamente.

Así, ALMAGRO se refiere a dos cistas, la *Casa de la Mina y Guarrinza 8-1*,⁴⁴ de las que quedan muy pocos restos; la primera ha desaparecido por completo y la segunda se encuentra arruinada. Según el plano de ALMAGRO, esta última estaba formada por seis losas, dos en cada lado largo, de arenisca y conglomerado. Por lo que se conserva en la actualidad, el monumento carecía de cromlech en torno al túmulo, pese a que ALMAGRO lo dibuja en su planta. También señala ALMAGRO la presencia de un sepulcro de corredor denominado *Camión de las Fitas*⁴⁵ o *Guarrinza 5-1*, de cámara rectangular y en la actualidad completamente desmantelado: sólo queda una losa en pie, dos inclinadas y dos abatidas. Su clasificación resulta algo dudosa, pues las lajas que se conservan no ofrecen mucha diferencia de altura y la anchura de la cámara es sensiblemente parecida a la del posible pasillo.

Ascendiendo desde Guarrinza hacia Aguas Tuertas —valle de cota superior ubicado al este del anterior— y a un nivel intermedio entre ambos lechos fluviales, localizamos otro sepulcro megalítico desconocido, *Guarrinza*

⁴³ ANDRÉS, T. (1975), «La estación megalítica de Guarrinza (Huesca). Nuevas investigaciones», *Miscelánea Arqueológica dedicada al profesor Beltrán*, Zaragoza, pp. 69-84.

⁴⁴ ALMAGRO, M. (1944), «La cultura megalítica en el Alto Aragón», *Ampurias*, VI, Barcelona, pp. 311-313.

⁴⁵ ALMAGRO, M., «La cultura...», *op. cit.*, nota 37, pp. 313-316; «La cultura...», *op. cit.*, nota 44, pp. 313 y ss.

13,⁴⁶ el cual posee el mayor túmulo de los que se conocen hasta ahora en el Altoaragón. De 15 metros de diámetro en el eje suroeste-noreste, por 16,60 metros en el eje noroeste-sureste, está formado casi exclusivamente por piedras. El monumento se encuentra hoy completamente caído al haber cedido las losas laterales y haberse vencido la de cubierta sobre ellas. Así pues, ignoramos la morfología exacta del enterramiento —aunque parece seguro que se trataba de una cámara simple— y nos ha sido imposible medir las lajas que se encuentran bajo la piedra superior.

También desconocido era el dolmen descubierto en la misma entrada del citado *Valle de Aguas Tuertas*,⁴⁷ levantado con losas de conglomerado y orientado siguiendo un eje sureste-noroeste, con el acceso abierto en esta última dirección.

Muy recientemente, las intensas prospecciones efectuadas en la parte superior de Aguas Tuertas han dado como resultado la localización de cuatro monumentos megalíticos nuevos, cuyo estudio todavía no se ha realizado, estando previsto trabajar en ellos en el verano de 1981.

Citaremos finalmente en la zona de Guarrinza, la existencia de un dolmen en el Torrente de las Foyas, conocido como *dolmen de las Foyas*,⁴⁸ hoy muy destruido, pero que conserva restos de un círculo peristáltico rodeando el túmulo.

Sin dejar la misma cuenca alta del Aragón Subordán, remontando el curso de su afluente el río Osia, se llega al Valle de Aragüés del Puerto, donde se encuentra otro megalito en estado de semidestrucción: el *dolmen de Lízara*.⁴⁹ Presenta un túmulo irregular de 6,20 metros en el eje este-oeste, por 4,56 en el norte-sur, compuesto por piedras y buena cantidad de tierra.

Pese a su aspecto actual, completamente vencido hacia el centro y con la cubierta caída hacia atrás, no cabe la menor duda de que se trata de una cámara dolménica simple, con la entrada orientada hacia el oeste.

B) Consideraciones generales

Tras ese rápido repaso dado a la distribución de los sepulcros megalíticos en el Altoaragón, voy a intentar esbozar unas características generales referidas a algunas facetas concretas del conjunto. Con ello no pretendo en

⁴⁶ BALDELLOU, V., y ANDRÉS, T., «Megalitismo...», *op. cit.*, nota 41.

⁴⁷ BALDELLOU, V., «La Prehistoria...», *op. cit.*, nota 4, pp. 17 y 28. BALDELLOU, V., y ANDRÉS, T., «Megalitismo...», *op. cit.*, nota 41.

⁴⁸ BELTRÁN, A. (1954), «Noticia sobre exploraciones dolménicas», *Caesaraugusta*, 4, Zaragoza, p. 129. ANDRÉS, T., «La estación...», *op. cit.*, nota 43, p. 75.

⁴⁹ ELÓSEGUI, J. M., y LEIZAOLA, F. (1974), «Nuevo dolmen en el Pirineo oscense», *Munibe*, XXVI, fasc. 1-2, pp. 99-102.

absoluto dotar al complejo megalítico oscense de una personalidad de la que carece como foco cultural autóctono; solamente me mueve la intención de trazar unas líneas sintéticas y unos rasgos comunes a partir de los datos que tenemos al alcance. Una vez más debo repetir que, por razón de la escasez de documentos y de la falta de información sobre algunos aspectos de los mismos, las bases para realizar esta labor carecerán de la solidez apetecible, por lo que las conclusiones que se derivan de esta exposición no podrán ser tomadas jamás como definitivas y estarán sujetas a cualquier revisión emanada de nuevos descubrimientos o estudios.

1. Aspectos constructivos y tipología⁵⁰

Según el estado actual de los conocimientos parece ser que en el Altoaragón no existen (o no se conocen) estructuras naturales aprovechadas como lugar de enterramiento. En la Cueva del Moro (Olvena),⁵¹ aparecieron restos de dos individuos en un corredor escondido y de difícil acceso, pero resulta evidente que el yacimiento es una cueva de habitación que sólo esporádicamente pudo utilizarse con un objetivo funerario. Asimismo, en la Cueva de Chaves⁵² se señaló la presencia de restos humanos incrustados en una capa estalagmítica pegada a la pared; no obstante, la función normal de la cavidad no era sepulcral, tratándose sin lugar a dudas de un asentamiento habitacional.

Así pues, todas las estructuras conocidas son artificiales y presentan una variación morfológica realmente muy limitada. Para el estudio de la tipología recurriremos a los grupos establecidos por Teresa ANDRÉS en una de sus obras ya citadas:⁵³

Tipo 1.— Cistas. No existe un criterio unificado para deslindar los límites que diferencian las cistas de las cámaras dolménicas simples de menor tamaño. Teresa ANDRÉS aplica un criterio exclusivamente métrico, considerando como cistas los sepulcros cuya superficie interior no rebase 1 metro y como dólmenes simples los monumentos que excedan a esta medida. Según esta premisa, los citados enterramientos de la Casa de la Mina y de Guarrinza 8-

⁵⁰ Para el estudio de estos factores y para una ampliación de los datos expuestos en este trabajo, resultan de imprescindible consulta las siguientes obras: ANDRÉS, T. (1977), «Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro: consideraciones críticas», *Príncipe de Viana*, 146-147, Pamplona, pp. 65-129; «Estudio tipológico-arquitectónico...», *op. cit.*, nota 36.

⁵¹ BERGES, M. y SOLANILLA, F. (1966), «La Cueva del Moro de Olvena, Huesca», *Ampurias*, XXVIII, Barcelona, pp. 175-191.

⁵² BALDELLOU, V., «Excavaciones en...», *op. cit.*, nota 4.

⁵³ ANDRÉS, T., «Estudio...», *op. cit.*, nota 36, pp. 21-38.

1 constituyen el único exponente de este tipo de monumento en la provincia de Huesca.

Tipo 2.— Cámaras rectangulares abiertas o de tres lados solamente. No se conoce ningún caso en la región altoaragonesa.

Tipo 3.— Dolmen simple de planta rectangular cerrado por todos los lados. Correspondería a esta descripción un solo ejemplar, Guarrinza 1-2,⁵⁴ que presenta una caja cerrada en sus cuatro lados, sin túmulo y excavada en el suelo. De configuración claramente megalítica, sus dimensiones interiores (1,80 x 1,15 m.) sobrepasan largamente las que señalamos como definitivas de cistas.

Tipo 4.— Dolmen simple rectangular con losa baja en un lateral de la entrada. De esta clase de megalito tenemos abundantes ejemplos, constituyendo sin lugar a dudas el tipo más extendido en el área geográfica que estamos estudiando: Lízara, Caseta de la Bruja o dolmen de Ibirque, dolmen de Letranz, Losa de la Mora, dolmen de Aguas Tuertas, Caseta de las Guixas, etc., tienen que encuadrarse en este marco.

Tipos 5 y 6.— Cámaras dolménicas simples con una losa más baja en uno de los lados cortos. En este ámbito hay que incluir los dos sepulcros megalíticos que forman el conjunto de Cornudella.

Tipo 11.— No se conocen en el Altoaragón monumentos dolménicos clasificables en el tipo 7 (dolmen poligonal simple) ni en los tipos 8, 9, 10 (referidos a los sepulcros de corredor) o del 12 al 17 (concernientes a las galerías cubiertas). Al tipo 11, sepulcro de corredor de cámara rectangular, corredor cubierto y formado por ortostatos más pequeños, puede pertenecer el ya citado Camón de las Fitas o Guarrinza 5-1, aunque, como ya he indicado, su atribución no es del todo segura.⁵⁵

Tal y como señalaba al iniciar este apartado, resulta claro que el panorama tipológico ofrecido por los monumentos megalíticos oscenses es notablemente reducido. Solamente dos posibles cistas y un dudoso sepulcro de corredor —todos arruinados— rompen con la monotonía del conjunto, ampliamente dominado por los dólmenes simples. Dentro de este grupo, el tipo 4 es el que más prolifera, caso parecido a lo que ocurre en la zona catalana. La tipología corresponde pues a formas simples y de escasas dimensiones,

⁵⁴ ALMAGRO, M., «La cultura...», *op. cit.*, nota 37, p. 164. BELTRÁN, A., «Noticia sobre...», *op. cit.*, nota 48, p. 129. ANDRÉS, T., «La estación megalítica...», *op. cit.*, nota 43, p. 74.

⁵⁵ Los recientes trabajos realizados por Miquel Cura y Josep Castells en algunos dólmenes catalanes excavados de antiguo, han puesto de manifiesto la existencia —en la mayoría de ellos— de un corredor formado por lajas verticales de pequeño tamaño que no había sido identificado en la excavación inicial. Puedo asegurar que en los dólmenes estudiados por el Museo de Huesca (Letranz, Tres Peñas y Caseta de las Guixas), este corredor no existe, pero no puedo hacer extensiva tal aseveración a los dólmenes excavados hace tiempo y que no han sido reestudiados.

muy propias y características de las zonas montañosas. En la tierra baja oscense no ha sido localizado ningún dolmen. Este carácter montaraz del megalitismo altoaragonés podría explicar la ausencia en su territorio de ejemplares grandes y más complejos, como serían los sepulcros de corredor propiamente dichos (de cámara circular o poligonal) o las galerías cubiertas. En un trabajo ya mencionado,⁵⁶ Teresa ANDRÉS establece una relación entre el tamaño de los megalitos y su altitud sobre el nivel del mar, evidenciándose de forma muy sintomática que los dólmenes mayores se emplazan en niveles inferiores a los 700 metros sobre el nivel del mar, mientras que los más pequeños se hacen absolutamente mayoritarios por encima de los 800 metros. En la zona oscense, todos los sepulcros señalados sobrepasan la cota de los 1.000 metros, oscilando entre los 1.040 de la estación de Cornudella y una altura superior a los 1.800 metros en las Foyas y Aguas Tuertas.

Los túmulos tampoco suelen ser demasiado grandes. Las medidas máximas las dio el dolmen de Guarrinza 13, seguido por la Losa de la Mora y por la Caseta de las Guixas, cuyas cifras se han señalado ya con anterioridad. Abundan especialmente los galgales o túmulos formados por simples amontonamientos de piedras, que por sí solos se bastan para afianzar la construcción, sin necesidad de círculo peristáltico u otro sistema de refuerzo. De este tipo son los dólmenes del Palomar, la Losa de la Mora, la Caseta de las Guixas, Guarrinza 13, etc. En ocasiones, los túmulos están contruidos por piedras y tierra, como en el caso del dolmen de Letranz o el dolmen de Lízara.

Los peristaltitos no son frecuentes, pero se ha comprobado su existencia en algunos monumentos, como Las Foyas, Guarrinza 5-5 y Guarrinza 11. En Cornudella I se utilizó un curioso método de refuerzo mediante la disposición de anillos de piedra concéntricos en torno a la cámara, que posteriormente fueron recubiertos por el túmulo.

Los enlosados también constituyen excepciones dentro de la tónica general; en Guarrinza 1-2 pudo advertirse que el suelo de la cámara estaba empedrado con cantos angulosos e irregulares, que tanto pueden responder a la afloración del terreno pedregoso natural, como formar parte de alguna infraestructura sobre la que se construyó este dolmen enterrado. A este ejemplo sólo podemos añadir el enlosado observado en la Caseta de las Guixas, formado por dos lajas horizontales sobre el suelo.

En cuanto a los materiales utilizados en el levantamiento de los sepulcros megalíticos altoaragoneses, hay que decir que son siempre los propios del terreno: caliza sobre todo, conglomerados o pudingas y, en alguna ocasión más bien extraña, arenisca. Se aprovecha la forma natural de las lajas, utilizándose sin ningún tipo de trabajo de labra.

⁵⁶ ANDRÉS, T., «Estudio tipológico...», *op. cit.*, nota 36, pp. 57-61.

La orientación de los monumentos es variable y no se ajusta, al parecer, a ninguna norma previamente fijada. Por ejemplo, mientras los dólmenes de Villanúa abren su boca en dirección sur, el de la Losa de la Mora se orienta hacia el este, la Caseta de la Bruja o dolmen de Ibirque y el dolmen de Lizarra tienen su acceso al oeste y el dolmen de Aguas Tuertas presenta su entrada al noroeste.

2. *Los ajuares funerarios*

Los resultados de las excavaciones en los monumentos dolménicos del Altoaragón tienen un denominador común muy evidente: su extrema pobreza. En los dólmenes recién descubiertos los frutos han sido negativos en todos los casos y en los pocos ajuares recuperados la escasez de materiales y la ausencia de elementos característicos configuran un panorama muy exiguo, del que pueden sacarse muy pocas consideraciones válidas. Por otra parte, los ajuares excavados por el profesor ALMAGRO se han perdido y no ha sido posible efectuar su revisión.

La cerámica es escasa, generalmente lisa, mal cocida y muy poco significativa. Resaltaremos un fragmento de vaso campaniforme decorado por impresión de cuerda, encontrado en el Camón de las Fitas y hoy desaparecido. En Cornudella I apareció una pequeña asa de cinta y dos posibles cordones aplicados. En Cornudella I el hallazgo más importante fue un fragmento con decoración impresa formando un zig-zag dentado.

El sílex es un poco más característico. En la Losa de la Mora aparecieron dos puntas de flecha con retoque plano envolvente, en Santa Elena 1 una punta en forma de hoja de laurel y en Santa Elena 2 otra punta del tipo D establecido por PERICOT. Con respecto a los cuchillos, señalaremos la presencia de dos fragmentos en Santa Elena 2 y uno entero, de sección trapezoidal, en el dolmen de las Foyas.

En la Losa de la Mora se hallaron, además de las puntas citadas, ocho hojas simples; otra del mismo tipo proviene del dolmen de Ibirque. Sin lugar a dudas, Cornudella I es el dolmen más rico, cuantitativamente, en útiles de sílex: varias laminillas retocadas, dos buriles, un microperforador, algunos denticulados, una hoja de hoz y un raspador sobre cristal de roca.

Cuando hay que referirse a las piezas metálicas, la pobreza del conjunto se hace todavía más patente: solamente conocemos un punzón de cobre de sección romboidal procedente de la Losa de la Mora, un fragmento aplanado del mismo metal y una cuenta bitroncocónica encontrados en Cornudella I.

Para terminar mencionaremos como únicos representantes de la industria ósea un punzón y una espátula exhumados en la Losa de la Campa y parte de un tubo descubierto en Ibirque.

3. Otros aspectos: cronología y orígenes

Si antes he insistido en la provisionalidad de las conclusiones que se puedan extraer de los pocos datos disponibles este carácter se ve incrementado todavía más cuando debemos dejar de referirnos a los aspectos concretos o físicos para ocuparnos de cuestiones abstractas. Por dicha razón, no voy a extenderme demasiado en elucubraciones teóricas.

El cuadro que nos presentan los materiales arqueológicos que conformaban los ajueres resulta a todas luces poco expresivo, pero queda claro que los elementos más típicos pertenecen al Eneolítico o Calcolítico. Ello no quiere decir, no obstante, que los sepulcros megalíticos del Altoaragón hayan sido levantados tardíamente durante esta época. Hay que tener en cuenta que, como se ha podido comprobar en varias ocasiones, al reutilizar un enterramiento en un momento posterior al de su construcción, se ha procedido a una limpieza total de la cámara y los elementos más antiguos se han hecho desaparecer. Así pues el que no poseamos materiales neolíticos atribuibles al grupo dolménico oscense no deja de ser un dato negativo y, por lo tanto, de utilización un poco arriesgada, más aún si tenemos presente la paupérrima cantidad de restos disponibles. Ciertamente es que carecemos de informaciones sólidas que nos permitan asegurar la utilización de los dólmenes altoaragoneses en los tiempos neolíticos, pero tampoco podemos contar con datos válidos que nos indiquen lo contrario. Puede ser que el Eneolítico o Calcolítico represente la fase más brillante, rica y mejor conocida —quizás gracias a un posible aumento de la demografía— pero esta circunstancia no conlleva que los megalitos oscenses no fuesen utilizados a partir de finales del Neolítico.

Lo que sí parece indudable es que no nos encontramos ante un foco originario de megalitismo, ni siquiera, como ya he dicho con anterioridad, ante un grupo importante. Los recientes estudios y excavaciones realizados en varios yacimientos prehistóricos oscenses, ponen en evidencia el papel de territorio-puente jugado por la región altoaragonesa durante algunas etapas de su historia más remota⁵⁷ y creemos que este papel se pone de manifiesto también al referirnos al fenómeno megalítico. Los contactos con los núcleos pirenaicos catalán y vasco-navarro son patentes y lo más probable es que el megalitismo altoaragonés no pudiera explicarse si no fuera a través de la existencia de los grupos mencionados. No obstante, también es posible que las influencias no se vieran reducidas a estas dos zonas, pues muchos rasgos comunes entre las áreas catalana y vascongada podrían tener un origen externo a ambas.

⁵⁷ BALDELLOU, V., «Consideraciones sobre el poblamiento...», *op. cit.*, nota 31; «Consideraciones sobre el estado actual...», *op. cit.*, nota 31.

Esta relativa unidad formada por los sepulcros megalíticos pirenaicos catalanes, aragoneses y vasco-navarros no creo que signifique una revalorización del archiconocido concepto de *cultura pirenaica*, elaborado en principio por BOSCH⁵⁸ y utilizado posteriormente por PERICOT⁵⁹ y ALMAGRO.⁶⁰ Soy de la opinión que la *cultura pirenaica* no tiene la personalidad suficiente, o que al menos carece de elementos característicos y definitorios, para ser considerada como tal. Pienso que dicha unidad responde más bien a unas características determinadas del medio fisiográfico, las cuales condicionarían notablemente las formas de actuación de las comunidades humanas que erigieron los dólmenes. Las posibilidades del entorno natural no debían ser demasiado favorables, y menos aún en el abrupto Pirineo central, con un paisaje mucho más vigoroso y difícil que el de los países colindantes. Esta circunstancia justificaría hasta cierto punto la densidad mucho menor de monumentos localizados en la montaña altoaragonesa, pues dudamos de que su poca entidad numérica responda únicamente a un bagaje inferior en cuanto a prospecciones arqueológicas.

Por otro lado, el carácter esencial de la misma cultura que estamos estudiando comporta una serie de limitaciones importantes. Nos estamos ocupando de unos aspectos encaminados a una mera finalidad sepulcral, y en una cultura hay otros muchos elementos que es preciso calibrar. Sin embargo, en este caso, dichos elementos se nos escapan al no poder relacionar los monumentos megalíticos con ningún emplazamiento habitacional, lo que constituye ya de entrada una cortapisa de considerable magnitud.

Considero impropio hacer más extensas estas conclusiones generales basándonos en la escasa información con que contamos en la actualidad; habrá que esperar a que las expediciones de búsqueda que periódicamente se organizan den los frutos apetecidos y nos pongan en condiciones de aportar nuevos datos clarificadores y de ampliar el menguado panorama que, hoy por hoy, se nos muestra totalmente insuficiente.

III. EL VASO CAMPANIFORME

En un momento avanzado dentro del desarrollo del período Eneolítico hace irrupción un nuevo elemento cultural que va a conocer una dilatada difusión geográfica y cuyo origen no se ha podido todavía determinar con se-

⁵⁸ BOSCH GIMPERA, P. (1923), «Notes de Prehistoria aragonesa», *Butlletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia y Prehistoria*, I, Barcelona, pp. 15-68.

⁵⁹ PERICOT, L. (1950), *Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica*, Barcelona.

⁶⁰ ALMAGRO, M., «La cultura...», *op. cit.*, nota 37, pp. 155 y ss.

guridad: la cerámica de tipo campaniforme. Identificada y estudiada desde antiguo, la problemática representada por esta clase de alfarería está lejos de ser resuelta y, todavía hoy, se constituye como uno de los fósiles arqueológicos que más tinta han hecho correr y más discusiones han provocado entre los especialistas del tema.

A) Yacimientos con campaniforme en el Altoaragón

El conjunto de estaciones con hallazgos de cerámica campaniforme que el Altoaragón nos ofrece en la actualidad es realmente exiguo. Desde antiguo se conoce un posible fragmento con decoración cordada que cita ALMAGRO⁶¹ como procedente del Camón de las Fitas, pero el mismo ha desaparecido y por tal causa su atribución no deja de resultar dudosa. Caso de ser correcta la clasificación del fragmento, constituiría el único ejemplar campaniforme oscense recuperado en un yacimiento funerario.

Por otro lado, hay que descartar definitivamente el ya mencionado fragmento aparecido en el también citado Covacho del Huerto Raso,⁶² cuya pertenencia al Neolítico es indudable pese a haber sido considerado equivocadamente como campaniforme.⁶³

Si excluimos estos dos casos, los yacimientos altoaragoneses que han proporcionado vestigios campaniformes se reducen a dos, permaneciendo ambos inéditos en cuanto a sus estudios monográficos, si bien se refiere a ellos un próximo trabajo próximo a publicarse.⁶⁴

Espluga de la Puyascada

Como ya se ha expresado en el apartado correspondiente al Neolítico de la Cerámica Impresa, en una de las catas efectuadas en la Puyascada (c. 3) se distinguió un potente nivel superpuesto al estrato neolítico en el que, junto a restos cerámicos de factura grosera y difícil filiación, se recogieron tres trozos con decoración puntillada de tipo campaniforme. En el resto de las catas el horizonte neolítico resultó exclusivo.

⁶¹ ALMAGRO, M., «La cultura...», *op. cit.*, nota 44, p. 313.

⁶² BARANDIARÁN, I., «Materiales arqueológicos...», *op. cit.*, nota 15.

⁶³ MORENO, G., «Cerámica campaniforme...», *op. cit.*, nota 16, p. 34.

⁶⁴ BALDELLOU, V., y MORENO, G., «El hábitat campaniforme en el Alto Aragón», *Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà* (en prensa).

Dicho nivel post-neolítico (E Ib) presenta una cultura material sumamente pobre y poco expresiva. La cerámica, muy fragmentaria, carece de ornamentaciones en su inmensa mayoría, reduciéndose éstas, en escasas piezas, a simples unguilaciones o impresiones bastas efectuadas en el borde de los vasos o bien en zonas próximas al mismo. La industria ósea es de hecho inexistente, lo que contrasta enormemente con la considerable riqueza que nos muestra en el estadio neolítico, y algo parecido podría decirse de la industria lítica, con poquísimas foliáceas, casi siempre sin retocar. No se recuperó ningún objeto metálico.

En este contexto aparecieron las tres piezas en cuestión cuya descripción es la siguiente:

1. Fragmento de pasta negruzca, con la superficie grisácea; desgrasante patente a base de mica y piedrecillas calizas blancas. La decoración, bastante tosca, forma una franja horizontal compuesta por líneas oblicuas puntilladas, escasamente paralelas entre sí, que se delimitan en su parte inferior mediante una línea horizontal incisa.

2. Fragmento de pasta negruzca, con la superficie de tono pardo; desgrasante del mismo tipo de la pieza anterior, pero más visible. El motivo ornamental es idéntico al del fragmento 1, si bien su ejecución es más cuidada y las líneas oblicuas puntilladas resultan sensiblemente más paralelas entre sí, al tiempo que siguen una orientación inversa. Cabe la posibilidad de que ambos ejemplares pertenezcan al mismo vaso, aunque no hay ninguna seguridad al respecto.

3. Fragmento de pasta negra con la superficie pulida del mismo color; desgrasante aparentemente formado por laminillas de mica. El esquema decorativo está constituido por una franja horizontal de líneas verticales, conseguidas mediante impresión de un objeto dentado. Como en los casos precedentes, una línea delimita el diseño por abajo.

Realmente, las tres piezas que nos ocupan resultan más bien atípicas, pero opino que ofrecen los suficientes rasgos específicos como para poder ser incluidas dentro de las producciones alfareras del estilo campaniforme. Se podría pensar que estamos ante una cerámica de fabricación local que imita de una forma bastante burda ejemplares más característicos, pero ello no obvia su atribución a la fase cultural que estamos estudiando.

En la Espluga de la Puyascada se recogieron muestras de carbón vegetal para su datación por el sistema del Carbono 14, pero mientras las fechas pertenecientes al nivel neolítico resultan plenamente homologables —como ya se ha visto— no sucede lo mismo con la conseguida para el E Ib en que fueron hallados los tres fragmentos campaniformes, la cual nos parece excesivamente elevada: 2610 ± 80 a. C.

Poblado de El Portillo

Pertenece al término municipal de Piracés y constituye por ahora el único asentamiento al aire libre de época campaniforme que se conoce en la provincia de Huesca. El lugar ha sufrido intensamente los efectos de la erosión por agua y la superficie del poblado ha sido completamente lavada, de manera que los materiales arqueológicos y las escasas estructuras constructivas aparecen a flor de tierra.

Solamente en dos sectores muy concretos se ha conservado algo de depósito y en ellos se efectuaron dos catas stratigráficas con resultados bastante pobres. El primer sondeo (C. 1) resultó enteramente estéril y el segundo (C. 2) nos permitió estudiar un único nivel de ocupación –de unos 20 cm. de potencia media–, parco en materiales y descansando directamente sobre el suelo natural o la roca viva.

Los únicos elementos constructivos que pueden reconocerse son los hogares, sólidamente contruidos con piedra arenisca local y de planta más o menos circular. La ausencia de otras estructuras y la poca potencia del sedimento, nos hace suponer que El Portillo se trata más bien de un campamento temporal que de un poblado organizado propiamente dicho.

Los materiales arqueológicos, recogidos en su casi totalidad superficialmente, no son demasiado abundantes, pero sí expresivos:

Cerámica. Junto a numerosos fragmentos sin decoración y poco significativos –con algunos fondos planos– aparecieron escasas decoraciones plásticas a base de tetones, dos bordes con unguilaciones y dos trozos de fondo plano con impresiones de estera en la base exterior. La única pieza completa recogida se trata de un cuenco hemisférico sin ningún tipo de adorno, hallado en la cata 2.

Sin embargo, el conjunto más característico está configurado por las ornamentaciones incisas de tipo campaniforme. Hasta el momento se han recogido 25 fragmentos, con el caso curioso de que los motivos prácticamente no se repiten por lo que parecen pertenecer a vasijas distintas. El estado fragmentario de la mayoría de las piezas no permite adivinar la forma de los vasos y sólo se ha podido constatar la existencia de cuencos hemisféricos.

Los esquemas decorativos están formados generalmente por trazos incisos paralelos entre sí, componiendo casi siempre franjas horizontales, aunque tampoco están ausentes las que corren en sentido vertical o incluso oblicuo. En ocasiones, las incisiones se combinan con impresiones triangulares o puntiformes, siendo bastante frecuentes los bordes de cuencos que presentan su superficie interna con decoraciones impresas colocadas horizontalmente en la zona próxima al labio. Los motivos triangulares y los zig-zag están también presentes, pero son minoritarios. En dos fragmentos, un zig-zag

elaborado mediante impresiones triangulares profundas, recuerda en gran manera las técnicas de pseudoexcisión utilizadas en otros ejemplares campaniformes.

Si bien no pueden incluirse plenamente dentro del apartado de la ornamentación campaniforme por carecer de motivos geométricos y por ser su decoración exclusivamente impresa, citaremos como muy próximos a este ámbito cinco fragmentos —entre ellos cuatro de borde— ornados mediante bandas horizontales de impresiones puntiformes. Sus puntos de conexión son patentes, pues se trata de trozos de cuencos con el mismo tipo de pasta, igual calidad en el acabado y cocción e incluso tres de los bordes presentan decoración en su cara interna como las piezas campaniformes.

Finalmente, hemos de señalar la presencia de un fragmento de vasija lisa, con parte del borde y una suave carena en su pared, así como de varios trozos con perforaciones circulares, pertenecientes a una pieza de las conocidas con el nombre de «quesera» o «colador».

Las pastas de la cerámica de El Portillo son bastante uniformes tanto en los ejemplares decorados como en los lisos. Podrían perfectamente corresponder a arcillas locales, muy abundantes en el lugar. Las vasijas campaniformes presentan un acabado más cuidadoso, con un tratamiento de la superficie que proporciona una textura suave en ambas caras. Asimismo, la arcilla ha sido colada para suprimir en parte el desgrasante.

Piedra. En toda la superficie del poblado resultan relativamente abundantes las piedras de molino, todas ellas de procedencia extraña, pues la roca natural del sector es la arenisca. El granito es el material más utilizado para su consecución, pero también hay molinos de conglomerado y de otras piedras duras.

En cuanto al sílex, los hallazgos han sido escasos, mas los útiles recogidos son bien significativos. Destacaremos la parte inferior de un cuchillo con retoque marginal plano en el lado derecho y retoque marginal simple en el izquierdo, en sílex gris; dos hojas de hoz sobre sílex tabular con retoque marginal bifacial; una hoja grande con retoque marginal plano bifacial y una punta de flecha foliácea en sílex blanco translúcido con aletas incipientes y con retoque plano bifacial envolvente. La forma de dicha punta carece de paralelos en las regiones próximas e incluso en los Pirineos franceses, pareciendo más cercana a los tipos occidentales. En Cova de Moura (Portugal), existe una pieza idéntica.⁶⁵

Objetos de adorno. Son igualmente poco numerosos: concha de caracol marino —*Columbella*— perforada; medio colgante discoidal en piedra caliza y botón piramidal con perforación en V también en piedra caliza.

⁶⁵ DA VEIGA, O. (1966), *La cultura du vase campaniforme au Portugal*, Lisboa, p. 39 y lám. IV, n.º 37.

B) Algunas consideraciones

Evidentemente, la falta de documentos arqueológicos suficientes no permite elaborar unas conclusiones que ofrezcan las garantías mínimas deseables de verosimilitud. No obstante, voy a analizar ciertos aspectos concretos, con el fin de intentar interpretar los datos de investigación actuales, dentro de las limitaciones impuestas por la propia escasa entidad de los mismos.

1. Materiales arqueológicos

Parece claro que La Puyascada y el Portillo se nos muestran como dos tipos de yacimiento completamente distintos, a pesar de su pertenencia a la misma etapa cultural. La primera estación –un lugar de habitación en cueva ya ocupada anteriormente– creo que se trata de un caso poco característico dentro de la cultura del vaso campaniforme. Parece más bien que la escasez de fragmentos de esta índole pone de manifiesto un carácter posiblemente intrusivo en sus tres únicos ejemplares, los cuales se intercalarían en un contexto indígena sin representar una transformación con respecto a otras facetas culturales. Esta suposición viene reafirmada por el hecho de que faltan en absoluto otros objetos arqueológicos que acompañan normalmente a la cerámica campaniforme en otros lugares y que constituyen el contexto definitorio de lo que en ocasiones se ha denominado –con seguridad demasiado arriesgadamente– la Civilización del Vaso Campaniforme. En La Puyascada podría confirmarse la circunstancia, defendida en varias ocasiones por algunos especialistas, de que en muchos casos la cerámica campaniforme no refleja una cultura en el amplio sentido del término, sino una simple técnica decorativa o moda ornamental; es decir, «un fenómeno aislado, aislable y plurimorfo, por su inserción en distintos ámbitos culturales».⁶⁶

Sin embargo, como acabo de decir, el vaso campaniforme agrupa a su alrededor toda una serie de materiales con los que aparece asociado en un elevado porcentaje de yacimientos, por lo que éstos han pasado a considerarse también como elementos típicos de esta cultura, pese a que puedan aparecer igualmente aislados; me refiero a las puntas de aletas y pedúnculo, las piezas foliáceas, brazales de arquero, botones de perforación en V, primeros instrumentos metálicos y piezas de hoz y «queseras» o «coladores», objetos no estrictamente campaniformes, pero sí presentes en casi todos los yacimientos típicos. O sea, existe un entorno cultural campaniforme que permite calificar a una estación como característica de esta fase prehistórica.

⁶⁶ BARANDIARÁN, I., y MORENO, G. (1974), «Die Glockenbecher im Oberen und Mittleren Ebrobecken», *Glockenbechersymposion*, Oberried, pp. 319-417. ANDRÉS, T., «Estudio tipológico...», *op. cit.*, nota 36, p. 74.

Tal sería el caso de El Portillo de Piracés, con hallazgos poco numerosos, pero muy significativos: campaniforme inciso, punta de flecha con retoque bifacial, botón de perforación en V, piezas de hoz y fragmentos de «quesera».

La asociación de fondos planos en vasijas de tamaño mediano o grande con otros ejemplares más pequeños de perfiles y fondos redondeados es un aspecto todavía poco estudiado y que no ha podido aclararse satisfactoriamente. Yo no pienso que indique necesariamente una época avanzada dentro de la Edad del Bronce, ni tampoco que signifique la existencia de una perduración considerable en la utilización del yacimiento que posibilite la llegada de nuevos estilos cerámicos. El mismo fenómeno de coexistencia lo podemos encontrar en otras estaciones características como la Cueva de los Encantados (Belchite-Zaragoza),⁶⁷ o en la Cueva de la Mora de Somaén (Soria),⁶⁸ aunque la primera no resulta un ejemplo demasiado válido por presentar un depósito completamente removido. Asimismo, en la primera cavidad aparecieron formas lisas de perfil carenado. En los Pirineos franceses tenemos casos de asociación con fondos planos en Embusco II y Embusco III,⁶⁹ con preponderancia de las ornamentaciones incisas e impresas sobre las puntilladas.

Así pues, viendo sus materiales arqueológicos, El Portillo representaría un asentamiento campaniforme típico, lo que lo diferenciaría básicamente de la Espluga de La Puyascada, con un contenido de carácter marcadamente indígena.

2. *Forma de vida: hábitat y economía*

Contrariamente a lo que ocurre en las regiones colindantes, donde los restos campaniformes tienen un significado mayoritariamente funerario, en el Altoaragón se desconocen los ejemplares destinados a tal fin si excluimos el dudoso y ya citado fragmento con decoración cordada recogido en el Camón de las Fitas. Toda la cerámica campaniforme altoaragonesa procede de lugares de habitación, lo que no deja de constituir un caso bastante anómalo.

El número de hábitats pertenecientes al Eneolítico es bastante exiguo en la cuenca media del Ebro, y todavía lo es más cuando se trata de yacimientos al aire libre. En la provincia de Zaragoza se conoce el poblado de

⁶⁷ BARANDIARÁN, I. (1971), «Cueva de los Encantados (Belchite), Zaragoza», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XVI, Madrid, pp. 9-49.

⁶⁸ BARANDIARÁN, I. (1975), «Revisión estratigráfica de la Cueva de la Mora (Somaén, Soria)», *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, 3, Madrid.

⁶⁹ GUILAINE, J. (1967), *La civilisation du vase campaniforme dans les Pyrénées Françaises*, Carcassonne, pp. 94 y 159.

Moncín (Borja),⁷⁰ con un conjunto de materiales muy característicos, y en la tierra baja de Lérida el de La Pleta (Vila-Sana),⁷¹ con campaniforme inciso exclusivo. Son los paralelos más próximos, geográficamente hablando, a El Portillo.

La rareza de lugares de habitación al aire libre no es exclusiva de la cuenca del Ebro, sino que resulta una constante muy generalizada en todo el marco del vaso campaniforme. Se da además la circunstancia de que en nuestra zona geográfica y sus alrededores, casi no se puede hablar de poblados organizados en toda la acepción del concepto, sino de simples campamentos temporales. Ésta sea, quizás, la razón principal que justifique la escasez de datos; lógicamente, los asentamientos poco permanentes dejan escasos restos al carecer de muros o fundamentos de construcción, por lo que resultan difícilmente localizables. La preferencia por los habitáculos pasajeros la explica GUILAINE a través de un supuesto carácter dinámico de los hombres del vaso campaniforme,⁷² aceptando para ello la existencia de un pueblo seminómada que se desplaza continuamente con un equipo característico.

Esta cuestión tampoco está lo suficientemente esclarecida todavía y, desde luego, no es la información que nos proporciona el Altoaragón la más apropiada para hacerlo. Tal vez se podría aceptar la presencia de un pueblo y una cultura campaniforme al referirnos a El Portillo, pero es absolutamente imposible aplicar la misma idea al yacimiento de La Puyascada, donde sólo parece llegar la moda decorativa. Podría ser que la distinción establecida por Santos GONZÁLEZ entre fabricantes y tenedores de campaniformes, o entre yacimientos campaniformes y yacimientos con campaniformes, resulte la más adecuada a la realidad.⁷³

Esta diferenciación en cuanto a tipo de hábitat y de materiales arqueológicos que existe entre las dos estaciones altoaragonesas, se hace también patente en cuanto nos ocupamos de sus formas económicas de vida. En La Puyascada casi no han aparecido elementos que nos testimonien una práctica agrícola, pero sí se han recuperado numerosos restos óseos que ponen en evidencia una actividad básicamente pastoril. En El Portillo, por el contrario, la abundancia de molinos nos habla de una agricultura cerealista, que se complementaría con una ganadería secundaria, atestiguada también por algunos huesos recogidos y por los fragmentos de «quesera», siempre que esta clase de vasijas tuvieran ciertamente tal finalidad. Cabe la posibilidad de que estemos ante un ejemplo de los señalados por SIMPSON, de un grupo de

⁷⁰ BARANDIARÁN, I. (1972), «Cerámica campaniforme en el Valle Medio del Ebro», *Estudios*, I, Zaragoza, pp. 55-66.

⁷¹ MAYA, J. L., «Lérida Prehistórica», *op. cit.*, nota 34, p. 65.

⁷² GUILAINE, J., «La civilisation...», *op. cit.*, nota 69, p. 95.

⁷³ SANTOS GONZÁLEZ, V. (1971), *O Castro da Rotura e o vaso campaniforme*, Setúbal.

gentes no muy numeroso que, con una economía mixta, explota durante algunas temporadas un territorio —no necesariamente demasiado extenso— que le permite mantener su complejidad productora.⁷⁴

Según el estado actual de la investigación prehistórica en el Altoaragón, existe un hecho contrastado que tiene considerable peso específico a la hora de intentar explicar el desarrollo cultural de la región durante la Prehistoria. La provincia de Huesca ofrece un fuerte dualismo entre la montaña y la llamada «tierra baja» o «tierra llana». Ambos territorios encierran notables particularidades que, lejos de reducirse al plano geográfico (orografía, climatología, recursos naturales, etc.), inciden en aspectos de tipo económico, social, de hábitat, lingüístico, costumbrista e incluso humano. Este dimorfismo resulta muy claro todavía en la actualidad y, según se ha podido comprobar, hunde sus raíces en la Prehistoria, durante la cual, llano y montaña conocerán una evolución independiente y se alternarán en la supremacía cultural, según los caracteres específicos de la fase cultural de que se trate.⁷⁵

Los yacimientos pertenecientes al Paleolítico y al Neolítico, así como la totalidad de los sepulcros megalíticos, se ubican siempre en las comarcas montañosas, mientras que la tierra baja queda prácticamente en blanco en cuanto a la presencia de estaciones arqueológicas. Aunque esta circunstancia no puede ser utilizada de forma categórica por constituir un dato negativo, hay que señalar que los trabajos de prospección se han llevado a cabo con la misma intensidad y frecuencia en ambas zonas, siendo los resultados totalmente distintos. Es lógico pensar que tal dicotomía responde fundamentalmente a aspectos económicos, pues las zonas abruptas resultan más idóneas para las actividades de índole venatoria y pastoril y éstas constituyen las bases de sustento casi exclusivas durante los períodos referidos. La agricultura, probada en algunos yacimientos neolíticos, no poseía la entidad necesaria para convertirse en un factor económico básico.

Todo parece indicar que la tierra llana no conocerá un poblamiento digno de tenerse en cuenta hasta que empiecen a explotarse sus recursos agrícolas, es decir, hasta que el cultivo de cereales no pase a ser una práctica generalizada. Así, aunque en la tierra baja falten en absoluto los enterramientos dolménicos, ya durante el Eneolítico se empiezan a asentar en su territorio pequeñas comunidades humanas cuya principal fuente de alimentación está representada por la agricultura. En los yacimientos de Peña del Agua,

⁷⁴ SIMPSON, D. D. A. (1971), *Beakers houses and settlements in Britain. Economy and settlement in Neolithic and early Bronze Age Britain and Europe*, Leicester; (1976), *The Later Neolithic and Beaker settlement at Northon, Isle of Harris Settlement and Economy in the third and second millenia b. C.*, Oxford.

⁷⁵ BALDELLOU, V., «Consideraciones sobre el poblamiento...», *op. cit.*, nota 31; «Consideraciones sobre el estado actual...», *op. cit.*, nota 31.

el Villar y Gabarda,⁷⁶ han aparecido, junto a restos de molinos bastante abundantes, puntas de flecha de distintos tipos con el característico retoque plano envolvente. El Portillo de Piracés significa un ejemplo más de estas primeras explotaciones del agro oscense, con la peculiaridad puesta de manifiesto por las producciones alfareras con decoración campaniforme, hasta ahora exclusivas de esta estación.

Resulta a todas luces tentador relacionar la difusión del vaso campaniforme con el inicio de las primeras labores agrícolas en la llanada oscense, pero en realidad carecemos de bases sólidas para mantener tal aseveración; únicamente se puede decir que, por lo que hoy sabemos, los primitivos establecimientos de agricultores en el Altoaragón tienen lugar durante una etapa avanzada del Eneolítico y que existen solamente en la tierra baja.

Por lo que acabo de decir, el personalismo que ofrecen entre sí La Puyascada y El Portillo parece más fácilmente explicable, pues incide sobre aspectos socio-económicos, además de los de tipo material y de habitación. La Puyascada representa un grupo humano montaraz, eminentemente ganadero, que en determinado momento adopta o imita una moda ornamental, pero sigue ligado a sus formas de vida tradicionales y no sufre una transformación patente.

El Portillo, en cambio, se trata de un asentamiento nuevo, con una economía de cultivo que también representa una novedad por aquel entonces en las tierras altoaragonesas. Es el embrión que, más adelante, en la Plena Edad del Bronce, acarreará el máximo esplendor de la llanura oscense, con una gran proliferación de poblados organizados y una expansión inusitada de las prácticas agrícolas. La tierra alta, mientras tanto, continuará aferrada a su economía ancestral, perderá su protagonismo y jugará un papel un tanto marginal con respecto a las nuevas aportaciones culturales que vayan llegando al solar altoaragonés.

En resumen, las diferencias que en casi todos los niveles nos ofrecen los dos únicos yacimientos oscenses con campaniforme son el reflejo de un fenómeno más general y que sigue persistiendo en nuestros días, salvando las consiguientes distancias. Lo que resulta sumamente interesante es que cronológicamente ambos se encuadran en una época al parecer crucial en la historia del Altoaragón, es decir, en el momento en que la agricultura se establece por primera vez en el sector. ¿Puede tener algo que ver en ello el vaso campaniforme? Honradamente, no estoy en condiciones de contestar a esta cuestión, pues la visión que poseemos es excesivamente limitada, pero puede ser un camino a seguir o una posibilidad a tener en cuenta en las futuras investigaciones que se realicen en la zona. Sólo señalaré que un yaci-

⁷⁶ BALDELLOU, V., «La Prehistoria...», *op. cit.*, nota 4, pp. 14 y 31.

miento típico como El Portillo está íntimamente ligado a las prácticas agrícolas, lo que no ocurre en La Puyascada, de economía pastoril, en la que la cerámica campaniforme es minoritaria y hasta posiblemente intrusiva.

3. Cronología

La cuestión cronológica del vaso campaniforme es un fenómeno que también reúne en su entorno opiniones dispares, fruto de la escasez de buenas estratigrafías y de dataciones por el método del radiocarbono que permitan un amplio esquema comparativo. Normalmente se acepta la mayor antigüedad de los tipos puntillados internacionales frente a las ornamentaciones incisas,⁷⁷ pero esta aseveración, basada en la cronología relativa comprobada en secuencias estratigráficas, no tiene confirmación en las fechas obtenidas por el C14. En efecto, las dataciones más antiguas de la Península Ibérica corresponden precisamente a yacimientos con campaniforme inciso, tales como la Cueva de la Reina Mora de Somaén (Soria),⁷⁸ con una fecha de 2670 a. C., la Cueva de los Husos (Elvillar, Álava),⁷⁹ con 1970 a. C. o el Cerro de la Virgen de Orce (Granada),⁸⁰ con 1970 a. C. para los estratos con decoración incisa.

Sin embargo, en este último yacimiento se aprecian notables irregularidades entre la estratigrafía y la secuencia cronológica del radiocarbono, que fecha algunos niveles inferiores con posterioridad a otros superiores. Esta patente posibilidad de error en las dataciones por el C14 hace que, en principio, no se pueda tener muy en cuenta el resultado del análisis de La Puyascada de 2610 años a. C., guarismo que considero alto en demasía, aunque concuerde con el de Somaén y responda plenamente a la hipótesis cronológica de BOSCH.⁸¹ Con todo, tampoco puede excluirse rotundamente, sin que tengamos garantías suficientes para ello, pues por otro lado, la ausencia de materiales característicos en esta cavidad y lo poco significativo de su estra-

⁷⁷ Quizás sean GUILAINE y HARRISON los máximos defensores de esta teoría de entre los investigadores más recientes, siguiendo la idea aceptada por LEISNER, SAVORY, CASTILLO y PERICOT. El primero la expone en la obra ya citada en la nota 69 (pp. 113-119) y el segundo en: HARRISON, R. (1974), «El vaso campaniforme como horizonte delimitador en el Levante español», *Cuadernos de Arqueología y Prehistoria castellanense*, I, Castellón, pp. 63-70.

⁷⁸ ALMAGRO GORBEA, M. (1973), «C14, 1973. Nuevas fechas para la Historia y la Arqueología peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 30, Madrid, p. 31.

⁷⁹ APELLÁNIZ, J. M. (1968), «La datación por el C14 de las cuevas de Gobaederra y los Husos», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 2, Vitoria, p. 144, nota 8.

⁸⁰ ALMAGRO GORBEA, M. (1972), «C14, 1972. Nuevas fechas para la Prehistoria y Arqueología peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 29, Madrid, p. 231.

⁸¹ BOSCH GIMPERA, P. (1971), «Tipos y cronología del vaso campaniforme», *Archivo Español de Arqueología*, 44, Madrid, p. 16.

tigrafía obvian la posibilidad de establecer otras formas de datación que ofrezcan una solidez científica digna de tener en consideración. El campaniforme inciso de El Portillo debería pertenecer, según las teorías más extendidas, a un momento tardío dentro del Eneolítico. El estado actual del yacimiento, con todos los hogares al descubierto y sus cenizas esparcidas, no hacía fiables los posibles análisis por radiocarbono, por lo que no se procedió a realizarlos. Aunque la presencia de un fragmento carenado no tiene que indicar necesariamente un factor de modernidad —las asociaciones de vasos con carenas poco pronunciadas con cerámica campaniforme no son raras—, la cronología relativamente baja atribuida en general a las decoraciones incisas hace aceptar tal suposición mientras se carezca de otros elementos de juicio.

Podría, pues, existir cierto desfase cronológico entre el campaniforme de La Puyascada y los ejemplares incisos de El Portillo, pero hoy por hoy no estamos capacitados para pronunciarnos de una forma categórica al respecto. Esperemos, por enésima ocasión, que posteriores investigaciones y prospecciones aporten nuevos datos y permitan una mayor seguridad en las interpretaciones de la problemática planteada.